

FANTASMAS EN ALFA-SEIS

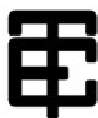
JOHNNY GARLAND

Colección Espacio

Fantasmas en Alfa-Seis

Por

JOHNNY GARLAND



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Núm de Reg. 1545 - 1962

Dep. Legal B. 8906 - 1962

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ed. Toray, S. A. - Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona

PRÓLOGO

El horror estaba allí.

Justamente sobre nosotros. Y nadie, absolutamente nadie, podía huir...

Lo habíamos intentado todo. Aún seguíamos intentándolo.

Pero todos sabíamos lo inútil que ello era.

Otros lo intentaron antes, lo sabíamos. Y habían muerto. O algo peor...

Yo no sé lo que puede ser peor. Si me hubieran dicho hace tiempo que un ser humano puede sufrir una suerte peor aún que la muerte me hubiera reído. Hubiese dado a la frase una versión puramente metafísica, pensando que, en realidad, lo que querían decirme es que, al no morir el alma, ésta iba a parar a simas de infernales angustias.

Sí, solamente eso hubiera acudido a mi mente. Pero ahora sabía algo más. Sabía que también el cuerpo, la mente, el corazón del hombre, podían hallar lugares mil veces más atroces, conceptos infinitamente más terribles que la misma muerte, con su consoladora, apacible y balsámica corte de sombras eternas.

Y a ese horror, a ese caos informe, inconcreto y atroz, estábamos abocados ahora todos. Ellos... y yo. Yo era uno de ellos. Yo tenía marcado también mi destino...

Me detuve, fatigado. Otros también se detuvieron.

Algunos cayeron extenuados. Y, a pesar de ello, aunque parezca brutal, inexorable, tenía que dar de nuevo la orden. Había que correr, había que huir.

Huir... ¿adónde? Correr, ¿para qué? No lo sé. Pero era preciso hacerlo.

No podía resultar. Ni siquiera estoy seguro de que fuera una forma de escapar a nuestra suerte. El horror venía tras nosotros, sí. Y, desde el principio del mundo, para huir de algo que nos amenaza tratamos de correr más que aquello que nos persigue.

Pero en aquella ocasión... jamás nadie correría más que lo que nos perseguía. Lo tendríamos encima de un momento a otro. Quizá ya lo estaba y ni siquiera nos habíamos dado cuenta...

Era como llevar fantasmas, en cabalgada alucinante, mezclados entre nosotros... Fantasmas jamás vistos por ningún otro ser humano, jamás existentes en época alguna del mundo, ni en época de ningún mundo habitado por seres inteligentes...

Aventuras como aquélla podían terminar así. Cuando el ser humano cruza las fronteras de aquello que le está permitido conocer, cuando pretende llegar «más allá» de lo que sus leyes

humanas y psíquicas le permiten… el desastre llega.

Y aquél era nuestro desastre…

Alguien había caído cerca de mí. Me volví. Me incliné, ayudándole a incorporarse. El hombre me dirigió una mirada patética, temblorosa, húmeda de llanto y brillante de terror.

Y unas palabras.

Unas palabras terribles en su sencillez, en su apagada simplicidad. Unas palabras que jamás olvidaré mientras viva:

—Gracias, hermano… gracias. Pero todo esto… ¿para qué? ¿Para qué me ayudas, si dentro de poco ni tú ni nadie podrá ayudarme ya…?

Me estremecí. Él tenía razón. Era terrible… pero tenía razón. Nadie podría ayudarle. Quizá fuera más compasivo dejarle allí, caído sobre el suelo extraño del lejano mundo. Quizá… Pero yo no podía hacerlo. Yo no podía, en conciencia, permitir que seres humanos como yo mismo se quedaran por el camino.

Aquel éxodo era un absurdo, era una locura sin sentido ni razón. Y, aun así, yo consideraba necesario huir, correr, avanzar siempre, aunque nuestros enemigos invisibles estuvieran ya encima… o entre nosotros.

Siempre se debe luchar, intentar la fuga de lo horrible. Si no se logra, uno muere con la seguridad de haberlo hecho todo. Absolutamente todo… Y si se fracasa… es porque no había otra solución.

Pero se buscó. Se intentó. Nada quedó por hacer, cuando llegó la muerte… o «eso otro» que está viniendo, que nos alcanza ya…

Sí, lo tenemos ahí mismo. Quizás ante nosotros. Pero no podemos saberlo, no podemos siquiera verles… hasta que ya sea demasiado tarde. Hasta que el horror haya caído sobre nosotros y nos haya envuelto en su manto caótico y terrible.

Es como si vinieran fantasmas sobre nosotros… Fantasmas nacidos en este mundo de pesadilla… Los atroces, alucinantes, horrorosos «fantasmas en Alfa-Seis»…



CAPÍTULO PRIMERO
COLONOS



L Cinturón-Conquest había costado trabajo. Y años.

Pero ahora ya estaba hecho. Era uno más. Un nuevo mundo del Cinturón-Conquest.

Cinturón-Conquest había parecido siempre un proyecto de locos, una obra que sólo podía existir en el cerebro de un puñado de dementes, en un momento de delirio de grandeza totalmente imposible.

Eso había sido antes, mucho antes. Quizá trescientos años antes. Quizá más. Había llevado casi cuatro siglos hacerlo realidad. Y ahora lo era. Era realidad.

Claro que el Cinturón-Conquest era una especie de goma capaz de estirarse, de ampliar su cerco llegando más y más lejos. Pero, de momento, aquél era el punto máximo.

Victor Krawok lo anotó, con un suspiro, en el enorme mapa mural representando la inmensidad celeste. Desde el lugar señalado sobre el vidrio multicolor, de fondo azul, iluminado por detrás, trazó dos coordenadas hasta sus correspondientes puntos de longitud y latitud. Todo eso dio una situación concreta en el tablero mágico del orientador magnético del mapa: Alfa-Seis.

—Alfa-Seis —dijo lentamente Victor Krawok para sí—. Esto es

Alfa-Seis.

Y tecleó sobre el transcriptor automático colocado al pie del gran mapa. Una cinta grabó lo que él escribía. Un complicado sistema de simple acción envió aquellos signos mecanografiados a través de miles de millones de millas. En el punto de destino se recibiría a través del Canal Superlight en menos de dos horas.

Victor Krawok respiró hondo al terminar el mensaje y firmar con las cifras convenidas. Había cumplido su tarea. La Expedición Mil Cuarenta y Siete había llegado a su destino.

Se volvió, caminando cansadamente hacia la puerta de la cabina. Echaba de menos muchas cosas ahora que estaban posados sobre un suelo firme. Los años de ingravidez, los largos meses de alimentación sintética, la sensación constante de vacío bajo el suelo que pisaba...

Todo eso no era fácil de olvidar. El que va en un tren durante tres o cuatro días cree sentir la trepidación del suelo bajo sus pies cuando está ya en tierra firme. Y eso no podía compararse con el viaje de Krawok a través de millones de millas de distancia. Eran cuatro años de viaje.

Cuatro años... y todo había terminado ya. Se sentía cansado. Pero no más viejo. Parecía como si aquellos cuatro años no hubieran pasado. Se suponía que, en un hombre de veintidós años, sentirse con veintiséis al salir del vehículo en el que entró sería algo así como haberse echado encima, de golpe, una decena de años. Y no era eso. Victor se sentía como siempre. El Gran Salto no había dejado mucha huella en él.

Quizá fuera cierto lo que aseguraban muchos científicos. En el espacio, el tiempo no era el mismo concepto que el hombre tiene sobre la faz de su mundo. Quizás el viaje prolongado a través de la inmensidad galáctica aligeraba el espíritu y el físico. O acaso era un poco de todo eso.

Pero, aun con su cansancio, más mental que físico, Victor Krawok se sentía bien. Muy bien, ésa era la verdad... Capaz de iniciar ya la lucha. Ligero, flexible, despejado. La aventura no había terminado allí. Ahora él ya no era responsable de la Expedición Mil Cuarenta y Siete. Cada uno era ya responsable de sí mismo. Y de los suyos, por supuesto.

Krawok sonrió. Eso le hizo recordar a Helen, a Eric... Sí, ellos también habían sido miembros de otra expedición, la Mil Cuarenta y Seis. Sólo que ellos... eran su mujer y su hijo.

La diferencia de tiempo entre ambas expediciones no había sido muy amplia. En realidad era como un sendero invisible, siempre

concurrido, entre la Tierra y los mundos señalados por la Federación Interplanetaria como planetas «colonizables». Ahora mismo, cuando la Expedición Mil Cuarenta y Siete se había posado ya en el suelo de Alfa-Seis… otras muchas expediciones, numeradas ordenadamente, estaban en camino. Algunas quizá no llegarían nunca. Toda aventura tiene el riesgo y la improbabilidad como factor previsto, pero no resuelto. Y aquélla era una gran aventura, lo había sido siempre, seguiría siéndolo por los siglos de los siglos, por mucho que la mecánica prodigiosa de la Astronáutica progresase. Siempre cabía la posibilidad del fallo técnico, del error humano, del imponderable que surge cuando menos se espera…

Para Victor Krawok, a fin de cuentas, eran cuatro años. Cuatro años durante los cuales supo, por espaciogramas emitidos desde la nave de la Expedición Mil Cuarenta y Seis, del perfecto estado de Helen y de Eric. Incluso les vio a veces por la televisión de circuito espacial y ellos le vieron a él a través del mismo canal televisado. Había sabido de su llegada a Alfa-Seis. Y luego nada. Solamente noticias breves, por espaciogramas o por telecard. «Estamos bien», «No tardes en llegar», «Nos han concedido terrenos acotados y estamos edificando ya nuestro hogar en Alfa-Seis», «Todo sigue bien. Sólo faltas tú, Victor»…

Y así siempre, durante largas semanas, durante casi cinco meses. Luego, la llegada de la Expedición Mil Cuarenta y Siete a Alfa-Seis… Ahora iba ya a reunirse con Helen y Eric.

Era curioso. Cuando se casó con Helen, en la Tierra, fue solamente un matrimonio de compromiso, un antiguo convenio familiar que él respetó, no muy feliz. Helen no era la mujer de sus sueños, ciertamente. Después… había llegado a amarla. O, por lo menos, a estimarla como a algo muy íntimo. Ella lo merecía. Era una mujer bonita y noble, inteligente y digna. Había aceptado ser una más en el gran proyecto, sacrificando en él muchas de las cosas que ya tenía en la Tierra y que en Alfa-Seis no eran seguras ni mucho menos.

El gran proyecto consistía en la colonización interplanetaria, sencillamente. A pesar de haber nacido Eric, de tener solamente tres años cuando empezó el largo viaje a través de los espacios.

El sorteo de los colonos hizo que Victor Krawok entrase en otra expedición. Por méritos propios le correspondía, ya que era piloto espacial y experto en vuelos planetarios, ser el jefe de la expedición. Pero el sorteo personal se respetaba a rajatabla. Y separó a Krawok de sus familiares. Helen y Eric le precedieron en la travesía colonizadora por el negro abismo del vacío infinito…

Victor ahora sentía la felicidad de encontrarlos en breve. Ellos le esperaban. Y él esperaba reunirse con ellos sobre el suelo recién colonizado —o iniciado, al menos, en su dura colonización— de aquel remoto mundo: Alfa-Seis, en la constelación de Orión y a la luz azul del gigantesco Rigel, el sol o estrella fabulosa, de magnitud 0.3, carácter espectral de Helio fuerte, neutro, y una temperatura aproximada, en escala Fahrenheit, a los 36.000 grados. Bajo la luz del supergigante azul de Rigel estaba Alfa-Seis, en Orión, a seiscientos cincuenta años-luz de la Tierra.

Abrió la puerta de la cabina. Pasó al compartimento estanco, bajo los chorros de descompresión y normalización. Alfa-Seis era un planeta de atmósfera respirable, rica en oxígeno aunque densificada por otros gases pesados y tóxicos, en ciertas zonas, que sin embargo no producían efectos nocivos en la naturaleza humana, según se comprobara en las anteriores expediciones, ya que el cuerpo se habituaba rápidamente a ese grado reducido de toxicidad. Según los médicos espaciales, primero se sentían unos leves dolores de cabeza y zumbido de oídos. Pero el fenómeno duraba poco y todo se normalizaba a las escasas horas de pisar Alfa-Seis, cuya gravedad era muy inferior a la terrestre por ser menor el planeta, y ello se contrarrestaba con los calzados gravitatorios, cuyo peso y densidad específicos a base de pesados minerales planetarios equilibraban la gravedad del ser humano, adaptándole a la ligereza de aquel mundo de forma casi igual a la terrestre.

Los indicadores de descompresión espacial señalaron el punto cero, de normalidad absoluta en su funcionamiento orgánico. Victor Krawok sonrió, y conectando los micrófonos interiores de la nave dio su última llamada a la sección posterior, donde viajaban los colonos, compañeros de viaje suyos durante cuatro años de vuelo interplanetario.

—Atención, colonos de la Expedición Mil Cuarenta y siete —llamó—. Habla Victor Krawok. ¿Todos estáis ya sometidos a descompresión espacial?

—Sí, Victor —asintió uno de los colonos, a través de las rejillas metálicas de los altavoces de a bordo—. Todos sin novedad, en punto cero de descompresión espacial…

—Perfecto. Entonces ya podemos salir. Esperad que informe al exterior. Enseguida podremos abandonar la nave y pisar tierra… Es decir, pisar suelo de Alfa-Seis para ser más exactos. Aunque imagino que todo planeta, todo mundo creado por Dios está formado por una tierra, un suelo de materia similar a nuestro propio planeta. Y así, llamar tierra al suelo que pisemos no será inexacto, sino que le

daremos el mismo nombre que nuestro suelo posee, en un planeta que tomó su nombre de ese suelo… ¡Suerte, muchachos… y bienvenidos seamos todos a Alfa-Seis!

Luego cerró la conexión interior. Giró un botón hasta situarlo en conexión exterior. Sonaron zumbidos en los altavoces de la nave. Después una voz habló:

—Puesto de control de astronavegación en Alfa-Seis, espaciódromo de Centrópolis, capital de Alfa-Seis. Informe, Expedición Mil Cuarenta y Siete.

—Travesía sin novedad. Sin heridos, enfermos ni fallecidos durante los cuatro años de vuelo. Todo en orden. Descompresión efectuada. Esperamos informes para salir.

—Todo de acuerdo. Temperatura en Alfa-Seis, de medio nivel. Ropas normales. Gravitación ligera, como saben. Utilicen calzado gravitacional. Pueden salir de la nave cuando deseen y pasarán al Departamento de Colonización para revisión de tarjetas de embarque y control de identidades. Allí se les proveerá de tickets de viaje hacia sus respectivos puntos de destino en el planeta. ¿Es usted, Victor Krawok, quien nos informa?

—Sí, señor. Victor Krawok, jefe de expedición.

—De acuerdo. Pase también al Departamento de Colonización, donde será provisto de su correspondiente ticket y se le informará de la primera salida del aerovía con destino a la zona donde se hallan sus familiares, llegados en la expedición anterior. Eso es todo.

—Bien, señor. Gracias. Ya abandonamos la nave. En realidad, nos va a parecer mentira, después de cuatro años metidos aquí.

Cerró el contacto radiofónico. Suspiró profundamente. Un gran alivio le inundaba. Todo había terminado, todo lo duro quedaba atrás. Duro sería también colonizar, luchar con los mil pequeños o grandes riesgos que todo mundo desconocido ofrece. Pero Victor Krawok estaba dispuesto a luchar con todas sus fuerzas, como sin duda habían empezado a hacerlo ya Helen y Eric. Él sería un miembro más a luchar, a intentar lo antes posible la victoria sobre la naturaleza ignorada de Alfa-Seis, su nuevo hogar en los cielos tachonados de astros, allá en Orión. El ser humano se expandía, buscaba siempre horizontes nuevos, remotos, imposibles de alcanzar algunos siglos atrás. Y ahora, bajo sus propias plantas, como algo accesible, algo al alcance de todos los que tuvieran espíritu emprendedor, espíritu de conquista y de colonización de territorios salvajes, ignotos, oscuros, cerrados aún a la huella y a la influencia del hombre.

Victor Krawok se aproximó a la salida real de la nave, en las cabinas de control y mando que ocupara durante la gran mayoría de horas de aquellos interminables cuatro años de encierro a través de los negros cielos, vacíos de atmósfera y de colores, salvo los reflejos lejanos, lívidos y centelleantes, de astros, mundos y nebulosas...

Presionó el resorte de apertura. La puerta, con un roce metálico y sibilante, comenzó a deslizarse sobre una vía curva, plegándose bajo el fuselaje plateado de la nave de rara forma. Ciertamente, ninguna nave del espacio tenía formas aerodinámicas como se reflejaran en los dibujos de «anticipación» tiempo atrás. En realidad, la esbeltez de líneas y la agudeza de una proa poco valor podían tener en un espacio vacío, donde no existe aire que cortar para ganar en velocidad. Una nave podía tener aspecto pesado, feo, torpe, y ser terriblemente veloz, como lo eran aquéllas, a velocidades infinitamente superiores a la luz, considerada como inalcanzable por los científicos de mente estrecha que hasta entonces existieran en la Tierra. Ellos ignoraban que todo podía alcanzarse y todo podía superarse. Simplemente, bastaba hallar el medio, la solución. Lo mismo que aquellos que en principio lograron hacer volar máquinas más pesadas que el aire, hacer flotar moles enormes, auténticas fortalezas flotantes en los mares y transmitir, a través del aire, las ondas hertzianas de la televisión. Todo eso se había negado también durante siglos. Y, una vez más, los sabios hicieron el gran ridículo a que están expuestos a lo largo de los tiempos con sus negativas a todo lo que les parece irrealizable... y que luego, fatalmente, se realiza siempre.

Abandonó la nave. Pisó el suelo de Alfa-Seis. La imagen hubiera parecido pobre a un hombre que soñara con vuelos espaciales a base de uniformes brillantes, cascos de vidrio o plástico y demás impedimenta propia para mundos sin atmósfera. Allí era distinto. Después de todo, la atmósfera era similar a la terrestre, respirable y normal para un sistema respiratorio terrestre.

Avanzó por el suelo terso y llano de las grandes astropistas del espaciódromo de Centrópolis. Por la puerta contraria de la nave descendían densas hileras de hombres, mujeres y niños, de colonos que llegaban a Alfa-Seis para llevar allí su civilización, su afán de victoria sobre los suelos vírgenes en el reino ignoto de las estrellas.

Victor Krawok les contempló con admiración, deteniéndose un momento en medio de las inmensas pistas. Siempre se admira a quienes lo arriesgan todo por el progreso de la Humanidad. Quizás a él llegarían luego otros a admirarle. Pero ahora era él quien

admiraba a los demás, sin pensar siquiera en que formaba parte de aquella misma expedición de heroicos cosmonautas.

Luego continuó su marcha hacia el edificio central del espaciódromo, una gran edificación color aluminio salpicada de grandes hileras de vidrios, formando galerías en las que el sol azul de Rigel destellaba con fantásticos iris que llenaban los ojos de los expedicionarios con una luz nueva y fabulosa, con la luz de los astros distantes, inaccesibles, a los que habían llegado por fin siguiendo los caminos invisibles, abiertos por el espíritu de conquista de los hombres a través de campos de estrellas y mares de oscuridad.

Ahora, para Victor, una vez en Alfa-Seis, lo más importante eran dos nombres: Helen y Eric. Sus seres queridos, situados en alguna de las parcelas novísimas de Alfa-Seis, una de las zonas de colonización entregadas por el Comité de Colonias de la Tierra.

Ansiosamente formó con otros colonos en las oficinas centrales del espaciódromo, tras pasar la revisión médica, de resultado positivo, y la de los aduaneros especiales del Servicio Interplanetario de Viajes.

En la correspondiente taquilla un distribuidor automático le entregó un billete para el aerovía que había de trasladarlo a la zona correspondiente. Ávidamente, Victor abrió el sobre de papelplast y extrajo la cartulina roja de forma triangular. Leyó el punto de destino:

«Región de los pantanos. Paralelo Alfa-Seis 19; zona, de colonias 35, bloque número A-30.»

—¡Región de los pantanos! —murmuró, asombrado. Se volvió rápidamente, regresando a las oficinas. No pidió permiso esta vez ni esperó turno. Cruzó la puerta con violencia y se encaró con los oficiales del Departamento de Colonización, que con sus vistosos uniformes rojos cuidaban de todas las complicadas operaciones en relación con la llegada de los colonos del espacio.

—¿Qué es lo que busca, señor? —indagó uno de los funcionarios uniformados—. ¿No tiene usted ya su placa de colono?

Y le señalaba al disco azul de su solapa, con un número complicado, unas cifras y unas letras que eran, virtualmente, su identificación mientras viviese en Alfa-Seis.

—No es eso —atajó Victor, con voz tensa—. Vengo a que me aclaren la razón de que mi esposa y mi hijo hayan sido destinados a una región pantanosa, seguramente llena de peligros. Yo soy jefe de expedición y se me garantizó previamente que, por mi condición de piloto espacial, mis familiares serían destinados a un buen lugar en

este planeta, y ahora veo por el ticket que me ha sido entregado que a pesar de ser una mujer y un niño solamente se les ha enviado a una zona de peligro, una zona solitaria y mal situada, lejos de los centros urbanos y de las colonias más pobladas.

—Lo siento, señor —replicó el empleado, encogiéndose de hombros—. No es cuenta mía. La distribución de zonas colonizables se hace en otra sección. Puede reclamar allí, si lo desea. Pero no se lo aconsejo. El subinspector Keller no es persona agradable ni cordial. Y nunca rectifica el destino dado a un colono…

—¡A pesar de todo… veré al subinspector Keller! —rugió Krawok entre dientes—. ¡Y va a oírme, le guste o no!

Salió, dando un fuerte portazo. Un ascensor lo llevó a la planta alta de la torre del espaciódromo, donde él sabía que se hallaba el subinspector colonial. Salió al corredor cuando el elevador se detuvo, como un auténtico proyectil. Avanzó a largas zancadas en dirección a los despaches centrales. Un secretario enjuto, uniformado de gris, pero con el emblema U.W.O. (United World Organisation) en su pecho y gorro, trató de detenerle.

—¡Espere! —avisó, interponiéndose—. El subinspector está ocupado, no puede usted verle ahora.

Victor Krawok era hombre muy expeditivo. Disparó sus manos como dos zarpas, aferrando al otro por el cuello. Resuelta y enérgicamente le lanzó a un lado, como si fuese un pelele, y continuó adelante apretando duramente sus mandíbulas.

Dio un empellón a la puerta. Su faz belicosa, crispada bajo el rebelde mechón de cabellos, se asomó al despacho. Descubrió al hombre sentado tras una mesa bruñida, de superficie negra, sobre la que se amontonaban escritos e informes. En un muro, un mapa celeste luminoso prestaba una singular decoración al lugar.

—¿Quién es? —habló una voz irritada tras la mesa negra—. ¡He dicho que no quiero que nadie me importune!

—Lo siento, subinspector Keller —replicó Victor duramente—. Pero yo vengo a molestarle, le guste o no.

Se adentró con largos pasos en el despacho. El subinspector, enrojeciendo, se incorporó. Era enjuto, alto y de cabellos grises. Su mirada, dura y fría, no parecía conocer la cordialidad.

—¡Márchese! —aulló—. ¡Salga de aquí en el acto! ¡Salga o le…!

Se detuvo cuando vio que Victor Krawok se había parado ante la mesa y le contemplaba con ojos entornados y violenta expresión. Su seguridad pareció vacilar por un momento y Krawok habló con aspereza entre dientes:

—De modo que es usted… Ward Keller… el subinspector Keller.

—Y usted… Victor Krawok… —silabeó Keller, irritado—. Bien, ya nos volvemos a encontrar. ¿Qué tiene que decirme? ¿Por qué ha entrado así en mi despacho?

Krawok no respondió enseguida. Ahora sabía la razón de que Helen y Eric hubieran sido llevados a aquella región pantanosa. Ahora sabía muchas cosas… Su gesto se hizo más y más hostil, sin desviar los ojos de Keller un solo momento.

—Lo sabe muy bien —jadeó Victor, inclinándose hacia él—. Usted supo enseguida que Helen Krawok era mi esposa. Y Eric mi hijo. Resolvió vengarse. Les envió a una zona desierta, aislada, lejos de todos los centros colonizados hasta hoy.

—Alguien tiene que ir allá, Krawok.

—¡Pero no una mujer y un niño… solos! —aulló Victor—. ¡Todo es una cochina venganza, Keller, un sucio juego contra nosotros!

—Ahora ha llegado usted —sonrió maliciosamente Keller—. Ya no están ellos solos.

—Sucio reptil… —silabeó Victor—. Merecería que le rompiese esa cara de maldita rata venenosa.

—Inténtelo… y le costará caro —chilló Keller, irguiéndose—. ¡Ahora soy alguien, Krawok! ¡No soy el que conoció usted en la Tierra! ¡Tengo mando, autoridad…!

—Y la misma maldad repugnante de entonces —replicó Victor —. Cámbieme de destino o será peor.

—Imposible. Están ya destinados. No puedo hacer eso.

—Muy bien. Entonces nos iremos. Volveremos todos a la Tierra. Presentaré una denuncia contra usted ante la Federación Interplanetaria. Veremos si es tan poderoso entonces.

—No se atreverán a volver ahora —replicó Keller—. Son cuatro, años en el espacio, recuérdelo… Y la pérdida de sus derechos para cualquier otra colonización espacial.

—Me tiene sin cuidado. A pesar de todo, nos volveremos. Y usted sabe que a mí me escucharán.

Keller apretó los labios con ira. Señaló la puerta, irguiéndose irritado.

—¡Fuera de aquí, Krawok! ¡Le ordeno que se marche! ¡O yo mismo haré que lo echen!

—Inténtelo, maldita sanguijuela, y verá…

Lo intentó. Keller dirigió su mano a los resortes de mando. Pero Victor esperaba eso. Le conectó un zurdazo formidable al mentón y el subinspector, salió disparado contra el muro, derribando su asiento y arrastrando consigo un montón de papeles escritos.

En el suelo, Keller rodó como una pelota hasta pegar en la pared

iluminada con el mapa celeste. Allí se incorporó a medias y Victor descubrió que todos sus esfuerzos se concentraban en extraer de su cintura un arma cilíndrica y peligrosísima: un proyector de cargas eléctricas.

Rápido, se lanzó en una zambullida fantástica por encima de la mesa negra y aterrizó sobre Keller.

CAPÍTULO II
HACIA LOS PANTANOS



L subinspector había llegado a levantar su arma cuando Victor le conectó el segundo martillazo, esta vez a su sien, y con la otra mano aferraba entretanto su muñeca, retorciéndosela dolorosamente y arrojándolo después con estrépito contra su propia mesa, a base de varios mazazos secos, cortos y durísimos, cuando ya el tubo de cargas yacía en el suelo.

Los papeles revolotearon ahora, totalmente desordenados. Un pisapapeles rodó, golpeando a Keller, y cuando éste pretendió rehacerse de nuevo se encontró otra vez con Victor ante él, erguido, abierto de piernas y con los puños enarbolados, dispuestos a conectarse de modo fulminante contra su rostro e hígado.

Keller tuvo miedo.

Alzó los brazos, con manos implorantes y temblorosas.

Chilló:

—¡Está bien, está bien! ¡Lo haré, Krawok, lo haré! ¡No me pegue más! ¡Cambiaré la zona de colonización para su esposa y su hijo! ¡Espere, espere!...

Victor esperó. Y, muy cerca de Keller, siguió con la vista la redacción y firma de su cesión de nueva hacienda en la zona de colonias 24, bloque número R-18. Keller le tendió el papel, con gesto de ira, y abriendo el dictáfono, vigilado muy de cerca por Victor, confirmó la orden a la Sección de Inmigración.

—¿Satisfecho ahora, Krawok? —silabeó al final, con una luz furibunda en sus ojos.

—Sí, Keller, muy satisfecho —asintió Victor—. Veo que ha entrado en razón.

—A pesar de todo, esto va a costarle caro algún día, Krawok —replicó el subinspector—. Es posible que terminen nombrándome gobernador de Alfa-Seis en representación de la United World Organisation... Si eso sucediera, sería yo la máxima autoridad en Alfa-Seis. Y autónomo de la Federación Interplanetaria a que usted pertenece. Entonces, las cosas iban a ponerse mal para usted, Krawok. Al menos en la superficie de Alfa-Seis...

—No me asusta, Keller. No dudo de que llegue a medrar y escale altos puestos, porque la gentecilla de su especie es capaz de eso. Pero ni aun entonces le tendré miedo... —se encaminó a la salida. Ya en el umbral, giró la cabeza, contempló fríamente al subinspector y añadió con tono sordo—: Voy a los pantanos, Keller. Pero recuerde usted algo que voy a decirle: si a Helen o a Eric les hubiese sucedido algo volveré aquí. Y entonces, tenga el cargo que tenga y se rodee por quien se rodee... ¡le mataría, Keller, le mataría sin la menor vacilación!

Cerró de un portazo. El asustado secretario le vio pasar, con un revuelo de papeles en las mesas de las oficinas exteriores, casi todas controladas por medio de células-robot, y no se movió, realmente escarmentado por la contundencia del visitante.

Victor entró en el ascensor, que le condujo vertiginosamente hacia la planta inferior. Ahora, a pesar del cambio de destino, que el subinspector Keller cumpliría a rajatabla para evitar una denuncia ante la Federación Interplanetaria, en la que Victor tenía influencias y amistades importantes, se veía obligado a partir hacia la región de los pantanos. Había visto dónde se hallaban situados éstos gracias a los electro-mapas que de Alfa-Seis recibiera durante el vuelo espacial, pero necesitaría una reproducción impresa de los mismos, para mayor seguridad, a pesar de que el aerovía le conduciría cerca del desolado paraje, distante muchas millas del más cercano centro colonial urbanizado, que era North City.

Tenía que recoger a Helen y a Eric y llevarlos consigo al nuevo emplazamiento en un populoso lugar de Polaria, otra de las ciudades levantadas en Alfa-Seis por los colonos terrestres. Solamente un ser vil y ruin como lo era Ward Keller, un enemigo personal suyo en la Tierra, que le disputara con intrigas, cosa de siete años atrás, su cargo de piloto espacial en una de las más importantes secciones de la Federación Interplanetaria, cargo que obtuvo él, Victor Krawok, a pesar de todas las vilezas y sucios juegos puestos a contribución de su causa por Keller, era capaz de poner en peligro las vidas de una mujer y un niño, lejos de las zonas más densamente habitadas, en lugares donde solamente los hombres rudos y los amantes de una total soledad, lejos de toda civilización, hubieran deseado residir.

Adquirió dos detallados mapas de Alfa-Seis en la Sección Cartográfica del espaciódromo. Con ellos en el bolsillo, se encaminó al aerovía con destino a los pantanos, en el que ya habría sido depositado su equipaje por las cintas metálicas, de movimiento continuado, que efectuaban el traslado de toda clase de

impedimenta, automática y precisamente, sin intervención de manos humanas.

Aun con la preocupación por Helen y Eric, se sentía relativamente feliz. En la Tierra, al tener su primer choque con Keller, no tuvo la satisfacción de poderle golpear porque otros lo evitaron, interponiéndose. Ahora no había sucedido eso. Y el flamante subinspector había recibido su merecido. Como cualquier ser de su vileza, era cobarde y había cedido fácilmente. Pero eso no podía tranquilizarle demasiado. Un hombre como Keller era capaz de cualquier cosa con tal de vengarse. Ya lo había demostrado plenamente.

Pero él también era peligroso, y Keller lo había experimentado en sí mismo. Quizás eso sirviera para mantenerle a raya y no llevarle a cometer nuevas canalladas contra ellos.

Poco después, el aerovía con destino a la región norte del planeta, cerca de los círculos polares de Alfa-Seis, en el paralelo 19 de la división geográfica de aquel nuevo mundo, partía de Centrópolis como una oruga centelleante y metálica, hendiendo las brumas del anochecer en el planeta. Rigel se hundía en el horizonte, quizá con mucha mayor rapidez de la empleada por el Sol en la Tierra. El movimiento de rotación de Alfa-Seis era mucho más rápido, y ello explicaba la rápida sucesión de días y noches, todos ellos de una brevedad sorprendente.

Pocos viajaban en aquella nave de línea regular, una de las que servían para enlazar los dispersos núcleos colonizados del planeta sobre su reducida superficie. Quizá la línea norte, hacia los pantanos y los glaciares, fuese la menos concurrida de todas.

Victor Krawok comprobó que a bordo solamente viajaban cinco pasajeros: tres hombres de expresión huraña, silenciosos, ensimismados en la lectura o dormitando en los cómodos butacones de espuma roja del vehículo aéreo de línea. Una mujer… y él.

La mujer estaba sentada en el asiento vecino al suyo, al otro lado del corredor central del único, largo, silencioso y casi desierto vagón. Se habían mirado ambos, con la peculiar indiferencia de los que van a viajar juntos y consideran su contacto como algo accidental y episódico, sin mayor trascendencia. Luego Krawok se acomodó, olvidándose por completo de la mujer, que era joven y vestía bien.

Vio anochecer y hacerse una total oscuridad en el exterior. Contempló el cielo de Alfa-Seis, en el remoto Orión, y le sorprendió su rara coloración azul, tenuemente violácea, sobre todo en torno a los astros que centelleaban, clarísimos, en la noche diáfana.

Extraño cielo el de Alfa-Seis, quizá matizado por tonos derivados de la composición gaseosa de sus altas capas atmosféricas, donde el oxígeno debía de mezclarse con gases desconocidos para el ser humano en otros mundos anteriormente conocidos.

La coloración nocturna era bellísima y le daba una magia poética y fascinante a la noche de Alfa-Seis. Uno, solamente con mirar por las ventanillas ovales del aerovía, sabía que estaba en otro mundo, comprendía que se hallaba en ámbitos de maravilla, prodigiosamente lejanos, increíblemente nuevos y fascinadores.

Dentro de la nave, de silencioso y rectilíneo vuelo, una luminiscencia azulada, indirecta, permitía igual leer que dormir. Bastaba graduar, presionando el brazo del asiento, el haz de luz de cada lámpara.

Victor lo graduó hasta reducirlo casi a la nada. Luego se reclinó en el muelle respaldo de su rojo asiento. Iba a dormir. O a intentarlo, al menos. Estaba cansado, muy cansado. Eran cuatro años de vuelo, cuatro años de encierro sideral. Y los viajes continuaban cuando ya sus pies se habían posado en una tierra firme.

Confiaba, sin embargo, en que todo eso terminase pronto. Le parecería mentira ver llegar el día en que Helen, Eric y él estuviesen juntos... y ya para siempre. Juntos sobre un trozo de suelo propio. Luchando con las tierras vírgenes de aquellos mundos, pagando su tributo de sinsabores y esfuerzos por un futuro mejor, por la vida en un mundo nuevo, de ilimitadas posibilidades. Lejos de una Tierra superpoblada, de un planeta ultradesarrollado donde la existencia humana, a causa de los crecimientos de población, era ya prácticamente imposible, ya que se había creado un angustioso caos que solamente la colonización espacial resolvió como una maravillosa válvula de escape.

Pensando en todo eso, Victor Krawok se quedó dormido...

* * *

—Perdone si me siento a su lado, señor... me encuentro tan sola, tan aislada en mi propio asiento...

Victor acababa de despertar cuando oyó la voz, muy cerca de él. Se volvió, aún aturdido por el sueño. Reconoció a la joven viajera del otro lado del pasillo. Era esbelta, bien formada y muy joven. Tenía cabellos rojizos, con el brillo del cobre. Los ojos, cuando le miraron, mostraron su profundidad verdosa. Era muy bonita.

—Oh, sí, puede sentarse —dijo Victor innecesariamente, porque ella ya había ocupado el asiento inmediato al suyo en el mismo

compartimento—. Comprendo lo que le ocurre. Creo que todos nos sentimos un poco solos al viajar en un vehículo tan amplio y en tan reducido número.

—Gracias, señor. Celebro que se dé cuenta de ello, y no me crea una de esas chicas terribles que van por el mundo tratando de hacer amistad con los hombres… Bueno, mejor diríamos ahora que «van por los mundos». Es más exacto, ¿no cree?

—Pues sí, evidentemente —rió Krawok. La miró, curioso—. De cualquier modo, usted no tiene aspecto de «chica terrible». Al menos yo no lo hubiera pensado jamás, puede estar bien segura…

—Nuevamente gracias —le miró ella, sonriente—. Usted parece recién llegado a Alfa-Seis, ¿no es cierto?

—Pues… sí. ¿En qué lo ha notado?

—Oh, he visto a otros. Traen un aire distinto al que tienen los que llevan ya cierto tiempo aquí.

—¿Mejor o peor? —sonrió Victor.

—No sé —ella se encogió de hombros—. No es cuestión de salud, en apariencia. Es… algo que les cambia. Pero, desde luego, les quita alegría, vitalidad, quizá juventud, no sé… Ya le digo que no es nada concreto. Pero existe, lo sé. Lo he observado.

—Tal vez el clima, la atmósfera, la gravitación… Debe de haber algo que puede trastornar los organismos…

—Sinceramente, no sé lo que puede ser ese «algo». He llegado a tener una peregrina idea, ¿sabe? —se inclinó hacia él, confidencialmente, y puso una mano sobre su brazo con la mayor naturalidad. Los ojos verdes se entornaron con expresión astuta—. He llegado a pensar… si no existirá un fantasma en Alfa-Seis.

—¿Un… «fantasma»? —Victor se echó a reír—. Diablo, creo que eso no encaja mucho en el ambiente de nuestra época, ¿no cree?

—Sé que iba a decir eso. Pero es que mi idea resulta confusa para expresarla. Cuando hay una influencia sobre el físico de las personas, bien en clima, en ambiente, en temperatura o en los alimentos, bebidas y todo eso, el hecho no tiene nada de extraño. Pero cuando todo eso está clínica y científicamente comprobado que no es nocivo a la persona absolutamente en nada… tiene que haber otra causa. Y esa es la que nadie encuentra, quizás en la que ni siquiera nadie piensa. Pero la hay. En alguna parte de Alfa-Seis, hay una razón «fantasma» por la cual los que residen tiempo en el planeta… se agostan, se marchitan como flores… Envejecen, en una palabra, pero no en su sentido físico y superficial, sino en energías, en vitalidad, en rapidez de reflejos, en ideas…

Victor la escuchaba, pensativo. Era una muchacha inteligente y

culta. Aunque estuviera equivocada en sus peregrinas teorías, lo era. Se preguntó qué haría ella en Alfa-Seis. Y por qué viajaría sola. Victor Krawok era un hombre resuelto en todo. Cuando uno se pregunta cosas así e ignora la respuesta, lo mejor es buscarla en la persona interesada, que es la mejor dotada para dar esa respuesta...

—Es posible que esa clase de «fantasma» pueda existir en un mundo que desconocemos, como lo es este —asintió Victor. Y, con un súbito cambio de tono, añadió—: ¿Le preocupa mucho el aspecto vital de los seres que colonizan Alfa-Seis? ¿Es usted científica o investigadora?

—No, no —rió la joven, agitando una mano—. Soy solamente una periodista.

—¿Periodista?

—Eso es. Dorian Dark, fotógrafo-repórter de Cosmovisión, la red televisora de los planetas —golpeó suavemente algo que a Victor le había parecido una pequeña radio o televisor portátil, o supertransistores, colgado por una correílla de su hombro—. Ésta es mi cámara, mi fiel «Dolly».

—¿«Dolly», ha dicho?

—Eso es. «Dolly» parece un nombre de perro o de gato. Sin embargo, yo siempre le doy un nombre a mi cámara fotográfica. Virtualmente es mi más leal amiga. Mi mejor y más directa colaboradora. Ésta es «Dolly», pues.

Era una cámara de foto en color y relieve directo, de revelado automático a poco de imprimir el negativo, como las antiguas polaroid de tiempo atrás. La muchacha parecía realmente entusiasmada con ella. Amaba su profesión y no se recataba en demostrarlo.

—¿Hay trabajo en Alfa-Seis?

—Sí, es un mundo que tiene ángulos fascinantes, como todo planeta nuevo. Ya he presentado algunos, en programas anteriores, a mis telespectadores. Ahora quiero presentarles el mundo fantástico de los Pantanos...

—Un feo lugar, según creo —manifestó Victor, ceñudo.

—Sí, los pantanos son siempre lugares feos para estar en ellos... Pero gustan al que los ve a distancia. Además, en Alfa-Seis los pantanos están bordeados por bellísimas flores y plantas de colorido increíble. Y luego, la Selva Púrpura...

—¿Selva Púrpura?

—Sí. Una extensión aún inexplorada, que se extiende al noroeste de los pantanos y que termina en los glaciares. Un singular fenómeno de la Naturaleza, ya que es como un oasis de vegetación

densísima, color púrpura, donde se dan altas temperaturas, mientras en sus límites del norte se elevan cumbres de hielo, ventisqueros y lagos eternamente helados…

—Entiendo. Ciertamente, todos los mundos tienen su encanto, como usted dice. Pero su profesión es muy arriesgada, según veo. Ha de aventurarse en muchas regiones peligrosas, difíciles, incluso poco o nada visitadas anteriormente por el hombre.

—Son naturales problemas que presenta mi profesión. Los acepto gustosa. Me agrada hacer lo que hago y no temo al peligro, señor… señor…

—Krawok. Victor Krawok —sonrió él—. Voy precisamente a esos feos pantanos de los que usted ha hablado. No pienso quedarme en ellos, ciertamente. Recogeré a mi esposa y a mi hijo y partiremos hacia otro lugar más colonizable y más propio para nosotros.

—Oh, esposa e hijo… —ella torció la cabeza—. Siempre que conozco a un hombre guapo sucede lo mismo. Evidentemente, no deben de quedar solteros aprovechables. No ya en el mundo, sino en ningún otro mundo habitado. Y ahora puede llamarme con razón «chica terrible».

—Creo que lo pensaré —rió Victor a su vez, contagiado por el buen humor y sinceridad de la muchacha—. Cuando le cuente a Helen… a mi mujer este encuentro en el aerovía, seguramente volverá a prohibirme que viaje solo. Es muy celosa.

—Hace bien. Hay que serlo, si quiere una al hombre con quien se ha casado. Recuerdo que durante mi última labor en Cygnus, cuando los dos bandidos espaciales Gurk y Mavyk robaron las drogas de la Central Sanitaria del Espacio, desapareciendo luego sin dejar rastro, pese a la persecución policíaca que yo capté fielmente con mi cámara, me sentí atraída por un arrogante médico del Centro Sanitario, el doctor Lieber. Resultó que tenía esposa, era divorciado por dos veces, había enviudado una y tenía ya cinco hijos. Todo un éxito, como verá.

Victor se echó a reír de nuevo. La conversación de la joven y pelirroja periodista había logrado devolverle parte de su buen humor habitual. Ambos habían olvidado, al menos de momento, la desoladora realidad del casi vacío vehículo aéreo que avanzaba a través de la noche azul-violácea de Alfa-Seis hacia los Pantanos del Norte…

CAPÍTULO III
EN LOS PANTANOS



L espaciódromo era una meseta amplia, silenciosa y desierta, azotada por un húmedo viento que, si bien no era frío, llevaba su inhóspito vaho hasta los huesos, calándolos con su humedad punzante.

—Buen sitio —se estremeció Victor Krawok, escudriñando en torno a lo largo de la pista, iluminada en sus bordes por rojas luces de situación y en la que se había posado la nave alargada, la oruga metálica de diminutos ojos ovalados, luminosos, centelleando como abiertos a la inescrutable quietud de la noche estelar en aquellos mundos remotos—. Cualquier viajero se volvería ahora mismo, asustado de todo esto...

—Usted no puede hacer eso —sonrió Dorian Dark, mirando alrededor suyo, tan poco animada como el propio Victor—. Le espera su familia. Tiene que ir a por ella inevitablemente.

—Pero usted sí podría hacerlo. Aún está a tiempo. Dentro de un minuto será tarde, porque la nave habrá partido nuevamente, siguiendo su rumbo polar hacia North City, a casi cinco mil millas de aquí...

—Ya lo sé —asintió la bella *reporter* de la televisión interplanetaria—. Pero, como usted tiene una familia, yo tengo una profesión, un deber para con mis amigos. Y ambas cosas tienen en común algo más de lo que la gente imagina.

—Entiendo. Uno tampoco puede volverse atrás, ¿no es eso?

—Sí —le miró. En la noche azul-violácea, el verde de sus ojos era fascinador. El aire agitó sus rojos cabellos como una bandera de singular intensidad—. No puedo volver atrás. Debo quedarme, señor Krawok. Como usted...

Victor asintió, con un suspiro. Los empleados del aerovía habían dejado su equipaje en el andén de la aeropista. Dos maletas de plástico ionizado. Se inclinó a tomarlas. La periodista de la TV no necesitaba ayuda suya. Su valija era muy reducida: un bolso colgado del hombro, junto a su máquina fotográfica, y una pequeña maleta ovalada de color rojo.

Ambos echaron a andar a través de la amplia pista llana, azotadas sus ropas de sedaplast por aquel aire ululante y enigmático llegado del tenebroso norte de Alfa-Seis.

Al fondo, a alguna distancia, dada la enorme amplitud del páramo que servía de pista de aterrizaje y despegue, se veían las luces de un largo edificio blanco, encristalado, en cuya cúpula giraba, intermitente, invariable, la doble torre de radar y radiofonía a larga distancia.

—Por lo menos hay gente viva cerca de nosotros —sonrió Victor, señalando las luces—. De otro modo, en un lugar así, uno debería empezar a pensar en ese «fantasma» del que usted habló… pero en otro sentido más concreto, más… nuestro. Tal y cómo se pensaba que eran los fantasmas en la época en que aún se creía en ellos.

—Sí, es un consuelo —asintió Dorian Dark—. En este lugar, la presencia de unas oficinas y de unos empleados supone mucho para el viajero que, como nosotros, llega de noche. Pero en cierto modo me deja indiferente. Ni siquiera tengo que pasar por esas oficinas.

—¿De veras? —se intrigó Victor—. Creí que todo el mundo estaba obligado a presentar su identidad y documentos a las autoridades y controles burocráticos de cada lugar colonizado.

—Así es. Pero yo tengo un pase especial —le mostró una placa metálica, aplicada al dorso de su cámara fotográfica—. Me autoriza a circular a mi antojo, sin rendir cuentas a autoridades ni centrales hasta mi regreso a Centrópolis, tras el reportaje televisivo.

—La felicito —sonrió Krawok—. Yo no soy un ser tan excepcional. Debo acudir allí, preguntar por la dirección exacta de mi familia, y después de controlada mi documentación tomaré un turbo-car de superficie para llegar donde estén ellos.

—Ya sé —Dorian se detuvo frente a una especie de pequeña, estación anexa donde se alineaban los vehículos de diverso colorido y matrícula visible, en cifras fluorescentes sobre sus carrocerías. Eran turbo-cars de conducción particular y tránsito libre. Vehículos que se tomaban para ir a alguna parte, y se podían dejar en el punto de destino, en otra estación similar, hasta que un futuro viajero los tomase con igual libertad—. Bien, señor Krawok, creo que aquí termina nuestro encuentro. Debo darme prisa en llegar a los pantanos y poder así iniciar cuanto antes mi trabajo. Además llevamos rumbo opuesto. Por las señas de su familia, veo que el Bloque de Colonia está más al oeste. Yo llevo en realidad dirección este-nordeste.

—De modo que no nos volveremos a ver, ¿no es así?

—Justamente. No es nada fácil que eso ocurra... salvo si conecta la televisión para ver mi programa a través del Super-Canal 2 de la banda magnética espacial.

—Lo haré, se lo prometo. Así Helen podrá sentirse más celosa que nunca cuando vea lo bonita que es mi compañera de viaje —le tendió la mano, dejando una maleta en el suelo—. Buena suerte, señorita Dark. Se lo deseo sinceramente.

—Gracias, señor Krawok —ella le devolvió el saludo, con fuerza —. Espero que encuentre bien a los suyos. Adiós. Y suerte.

La vio alejarse, tomar un turbomóvil rojo y partir a velocidad vertiginosa dejando tras sí el chorro de blanco humo de las turbinas. Volvió la cabeza. El aerovía ya ni siquiera era visible en la noche de Alfa-Seis. Estaba solo. Solo en medio de la planicie cercana a los pantanos. Se estremeció de nuevo, y ahora no era a causa del viento húmedo. Aquel lugar casi producía escalofríos.

—Maldito Keller —juró entre dientes—. A buen sitio nos envió, el muy ruin. Cuando regrese tal vez se me haya pasado el rencor. Pero, si no, sería para destrozarle su fea cara...

Echó a andar con mayor rapidez y llegó a la amplia acera o andén cubierto por una blanca comisa de vitroplast e iluminado intensamente en azul desde unos tubos fluorescentes. Detrás, las grandes vidrieras de las oficinas mostraban su aire aséptico, moderno, lineal, con abundancia de cromados centelleantes, mapas luminosos, etc. No vio a nadie, al menos por el momento.

Dejó las maletas en el andén iluminado. Algo que casi había desaparecido en todos los planetas, eran los rateros. Una especie delincuente totalmente extinguida en la existencia de la época. Entró resueltamente, a través de la amplia puerta vidriera, en las oficinas del espaciódromo para controlar sus documentos, su ticket de viaje y su tarjeta de colono. Era la Ley.

Victor parpadeó, parándose bajo las crudas e intensas luces en la vasta sala de pavimento negro y brillante. Contempló largamente las diversas secciones en que se dividía el local: Aduana, Sección de Control, Equipajes, Cambio de moneda, Libros y Publicaciones, Botiquín, Servicios Especiales, Información, Documentos y Billetes...

Lo siguió todo detalladamente, con mirada fija y pensativa. Ahora no vio tampoco a nadie. Porque no podía verlo, a fin de cuentas. La idea le llegó, clara y precisa. No había razón para ello, incluso resultaba ridículo pensarlo, pero... le asustó.

En aquel espaciódromo de los Pantanos no había nunca nadie. Estaba servido por medio de controles remotos, robots y sistemas automáticos... Complicados sistemas de células electrónicas, de luz

infrarroja y todo eso, hacían funcionar la invisible burocracia de aquellas oficinas. Todo automático, todo mecánico, frío, inexorable.

No se puede dialogar con las máquinas. Se podían preguntar cosas. Y responderían con otras. La prueba resultó cuando, sintiéndose singularmente solo y abandonado, con el ruido sordo y hueco de sus pisadas sobre el suelo como único sonido audible, llegó a Información e indagó, hablando en voz alta ante una rejilla donde se indicaba:

> «Hablen aquí».

Pidió datos sobre el paradero de Helen y Eric. Se los dieron. La célula sensible que recogía sus preguntas debía pasarlas a un complicado «cerebro electrónico» que pergeñaba rápidamente la respuesta. En una cinta magnética, que apareció segundos después por una pequeña ranura bajo la rejilla, estaba la respuesta exacta:

> «Tome un turbocar. Siga dirección nor-noroeste, por la Ruta 157 del mapa que le proporcionarán en Servicios Especiales. En la milla 36, vire a la derecha. Encontrará un indicador que le señalará el Bloque A-30.»

Le proporcionaron el mapa citado en la rejilla de Servicios Especiales. Se controló su billete y equipaje en otro lugar, y le fue entregada una chapa azul, de una materia especial, que le permitía pasar a otra sección exterior, más allá de las oficinas, para tomar su turbocar.

Pero antes presentó su nueva orden de alojamiento, y la rejilla correspondiente le indicó, en una cinta magnética escrita:

> «Cuando regrese con su familia, presente ese documento para que le sean entregados los tickets de vuelo. El próximo aerovía para la Zona de Colonias 24 sale dentro de tres días de Alfa-Seis. Y hay otro tres días después. Tras esos dos, deberá esperar al menos dos semanas de Alfa-Seis para poder tomar un aerovía.»

Todo el tiempo se medía necesariamente por «el tiempo de Alfa-Seis». Victor entendía eso. Lo que no lograba entender era que en un lugar tan glacial e inhóspito no hubieran querido situar empleados, gente de carne y hueso, seres que diesen un poco de calor, de aliento y espíritu humanos a aquella región remota. La

mecanización estaba bien en las zonas excesivamente pobladas, donde uno podía hartarse de ver personas por doquier y casi se agradecía la presencia de un «cerebro electrónico». Pero precisamente allí…

Se encaminó a la puerta posterior. Puso la chapa azul ante el ojo magnético, y la célula fotoeléctrica actuó, abriéndole paso. Victor Krawok eligió uno de los turbomóviles especialmente dotados de flotadores-oruga, para el caso de ir a parar a alguno de los pantanos. Una indicación, sobre un muro, atrajo la atención de Krawok:

> «Conduzca cautelosamente por los Pantanos. Especialmente, mantenga siempre los flotadores-oruga. Son de metal, y el fango de los Pantanos de Alfa-Seis es de una materia que repele todo cuerpo metálico. Se recomienda igualmente a los viajeros y colonos que vistan trajes de fibra metálica, para caso de accidente. Entonces, el Pantano devuelve a toda víctima de accidente que pueda caer en él, sin causarle daño.»

—Curiosos pantanos esos —comentó entre dientes Victor—. Un fango que repele los metales… Habrá que pensar siempre en esos flotadores. Las carrocerías de los vehículos son de materias plásticas, y sería engullido sin remedio de no mediar esos flotadores…

Subió a un coche a turbinas, de color azul oscuro. Tiró atrás su equipaje y se acomodó ante el cuadro semiautomático de mandos. Lo puso en marcha. El turboreactor comenzó a rugir. Miró atrás, al edificio erguido en el páramo, lleno de luz… y vacío. Luego contempló el panorama ante sí. Muy oscuro, en la noche sin lunas de Alfa-Seis, y donde la espesura de los arbustos de aquel mundo ocultaba todavía a sus ojos los Pantanos donde residían Helen y Eric.

Hacia donde él iba ahora, impaciente y anhelante por tener entre sus brazos a la esposa tan recordada y al hijo querido… La última vez que les viera fue en las grandes pistas del espaciódromo de Nueva York. Ahora les vería de nuevo en un mundo muy distinto. A seiscientos cincuenta años-luz de la Tierra. En un nuevo mundo donde querían levantar su vivienda de hoy y del futuro.

Y ese anhelado momento estaba cada vez más cerca. O eso pensaba Victor Krawok, mientras el turbo-car se alejaba con celeridad dejando atrás el espaciódromo servido por máquinas, en el silencio del páramo azotado por el húmedo viento de los

Pantanos…

* * *

Habían sido instrucciones fáciles de seguir. Ya estaba en su punto de destino.

Redujo la velocidad del turbocar cuando ante él surgió un indicador luminoso, al borde del sendero flanqueado de arbustos color gris-azulado y bordeado de bellísimas y esplendorosas flores amarillas, de anchos y lacios pétalos, con la corola central vivamente azul. No emitían ningún olor ni parecían tener utilidad alguna, salvo romper la gris monotonía, la helada igualdad de los territorios pantanosos, cuyo único detalle de belleza y color lo constituía precisamente aquella flora sin aroma.

El indicador era claro: «Región de los pantanos. Zona 35. Bloques A, 30-40.»

El corazón le palpitó a Victor con mayor fuerza. Era la meta final. Ya había llegado a su destino. Allí, a poca distancia, dos personas aguardaban su llegada. Helen y Eric poco se figurarían que ya estaba él allí. La noción del tiempo se pierde considerablemente cuando se está en el espacio, cuando se salta de mundo en mundo, de estrella en estrella. Y tendrían tantas cosas que hacer aún hasta sentirse realmente establecidos en Alfa-Seis, que habrían perdido la cuenta del día exacto de su llegada al planeta. Aunque en los vuelos espaciales nunca hubiese seguridad absoluta de nada respecto a fechas y duración de viajes.

Aceleró de nuevo, pasando bajo el indicador y guiándose por una flecha luminosa que señalaba la dirección correcta. El lugar parecía un desierto, una zona donde no viviese nadie en absoluto… Sin querer, Victor recordó las palabras de su gentil compañera de viaje, la pelirroja Dorian Dark. Y la alusión a un «fantasma» que hacía envejecer a los seres humanos fuera de su auténtico mundo…

Sí, parecía estar en un mundo de trasgos y duendes, en una región de pesadilla donde los siglos habían dejado caer un manto de silencio, de oscuridad, para velar sólo Dios sabe qué inconfesables y terribles secretos. Incluso un espíritu equilibrado y firme como era el de un piloto espacial, de una era mecánica y materialista cien por cien, podía pensar en aquello. En la posibilidad de que ignorados fantasmas rondasen sobre los Pantanos, tras las bellas flores amarillas de corola azul y tras los arbustos llorones, melancólicos, de lacias ramas que llegaban a rozar el suelo.

—Fantasmas… —masculló, riéndose de sus propias aprensiones —. ¡Bah! ¿Es que vas ahora a volverte supersticioso y medroso,

Victor Krawok?

Viró en una curva de la ancha senda bordeada de flores. Más allá vio un negro y burbujeante pantano, como arrancado de una imposible estampa del mundo en formación, de una época remota y evolutiva, de un lugar donde el Tiempo se hubiera detenido cuando aún no existían los seres inteligentes y las cortezas planetarias eran caóticas regiones convulsas.

Se estremeció al pasarlo tan de cerca. Desde el vehículo podía ver la ebullición y el negro burbujeo del denso pantano. Las luces de sus faros resbalaron sobre aquella superficie de pesadilla haciendo centellear un momento las burbujas, siniestramente.

Y así un pantano, otro, otro...

Por fin, el turbocar se detuvo con un chirrido. Victor miró ante sí la hilera de viviendas. Luces en sus ventanas. Bloques de edificaciones rectangulares, cúbicas, lineales, funcionales hasta apurar la sencillez arquitectónica. Y luces, luces. Había una hilera de farolas, marcando la entrada. En un indicador: «Bloque A-30. Colonia Pantanos. Zona 35.»

Ya estaba allí. Cerca de casa. Avanzó, ya a pie, con sus maletas en las manos, lentamente primero, a la carrera después. No salió nadie a recibirle a la entrada del Bloque. Buscó febrilmente. En cada puerta, un globo luminoso indicaba el nombre de sus ocupantes. Kent, Karl, Kroner, Kellog,

King... Krawok...

¡KRAWOK!

Allí era. No había ningún Krawok más. Lo comprobó. Luego, corrió a la puerta, tiró al suelo las maletas y pulsó el llamador insistentemente...

No contestaron. Probó de nuevo. El mismo resultado. Fatigado, jadeante por la carrera a través de la estrecha calle desierta, iluminada, entre ventanas también iluminadas, se apoyó en la puerta. Ésta cedió y se fue abriendo a su presión...

Sorprendido, miró ante sí. No habían cerrado la puerta, pese a ser hora muy avanzada de la noche. Entró, inquieto... Todas las luces estaban encendidas. Había un mal olor allí, lo captó enseguida. Como de algo ácido, corrompido quizá...

—¡Helen! —llamó—. ¡Helen, Eric! ¡Soy yo, Victor! ¡Vamos, salid! ¿Dónde estáis?

No salían. Ni contestaban siquiera. Victor Krawok empezó a sentirse inquieto. Cruzó el recibidor y la salita inmediata. No había nadie. En ningún lugar de la casa. Se detuvo, pálido y sudoroso, en un pequeño comedor, junto a una cocina blanca y pulcra.

Sus ojos se clavaron angustiados en los platos que aún aparecían en la mesa. Platos con alimentos, pan, leche...

De allí salía el mal olor. Agrio todo, pasado, en estado de descomposición. Tocó el pan. Duro, seco. La humedad del lugar, incluso, hacía florecer moho. Las sillas, los muebles, las luces, absolutamente todo estaba intacto. Sólo faltaban ellos. Extendió la mano y rozó la lámpara. Tuvo que retirarla inmediatamente, con una sensación candente en los dedos. Aquello llevaba una cantidad incalculable de tiempo sin apagar.

—¡Helen! —gritó de nuevo, aunque sabía que era inútil. No contestarían. Siguió chillando—: ¡Helen! ¡Helen!...

Corrió hasta llegar a dos dormitorios. En uno, dos lechos individuales, sin deshacer. En el otro, una cama pequeña, de niño, con muebles infantiles y cromados. Juguetes... pero ni rastro del pequeño Eric.

Cómo enloquecido, salió de las alcobas y de la casa después. Llegó a la calle, miró a un lado y a otro y siguió gritando, llamando a Helen y a Eric inútilmente. Sus voces retumbaban en la calle del Bloque de viviendas. Como en un mundo vacío y olvidado...

—¡Socorro! ¡Ayúdenme! ¡Han desaparecido! ¡Mi mujer y mi hijo... han desaparecido!

Sus gritos se perdían en la noche. Allá, lejos, el azul-violáceo de la noche empezaba a diluirse en un gris lívido, azulado. Pronto llegaría el nuevo día de Alfa-Seis. Pero Victor no podía ocuparse de eso. No veía nada. Nada más que su soledad, el abandono en que de súbito le dejaban sus seres queridos al desvanecerse sin dejar otro rastro que la casa tal y como si ellos estuvieran aún en ella.

Pero lo extraño era que nadie respondiese, que nadie acudiera. Miró en torno. Giró la cabeza a un lado y a otro. Ventanas y más ventanas. Luz, luz, rectángulos de intensa claridad. Ni una sombra, ni una silueta, ni una figura en movimiento, ni un sonido.

Nada. Sólo luz, luz... Corrió un trecho, se paró frente a otro edificio y volvió a gritar. Volvió la cabeza. El sudor le chorreaba, goteando de su rostro al suelo, y el cabello, rebelde y empapado, se agitaba a cada uno de sus violentos movimientos.

Era como un ser acosado, como un hombre a quien miles de enemigos atacaran implacables. Y, sin embargo, no había nadie. No había nada vivo en torno suyo. Presa de un súbito presentimiento, corrió a otra casa. Cargó contra la puerta. Ésta cedió como había cedido la suya. Luego corrió al interior, a enormes zancadas. ¡Nadie! Muebles intactos, alimentos casi descompuestos. Ropas en orden, luces encendidas, normalidad. Normalidad absoluta... pero

nadie en ninguna parte.

Saltó a la calle, como enloquecido. Corrió a otra casa. Encontró lo mismo. Desalentado, lívido, con el rostro y el cuerpo bañados en sudor, volvió a la calle rectilínea, luminosa y silenciosa. Gritó de nuevo, roncamente, con voz rota. Sabía que era inútil. Totalmente inútil. Allí no había nadie para oírle. Nadie para acudir en su ayuda, si es que podía alguien ayudarle.

—Oh, no puede... ¡no puede ocurrir esto! —jadeó—. Helen... Mi Helen... Eric, mi hijo... ¡Desaparecidos todos!... Nadie... nadie queda aquí... ¡Esto es horrible, horrible...!

Apoyó el rostro contra el muro y dominó sus ganas de estallar en sollozos. El impacto había sido demasiado terrible, demasiado duro para él. Esperaba encontrarles allí... y tropezaba con las huellas de un caos, de una desaparición de todos los colonos, sin el menor rastro que diese una idea de lo sucedido, ni una razón para aquel vacío incomprensible...

Así permaneció unos segundos. Segundos que parecían siglos. Luego pensó que era preciso sobreponerse a todo, intentar razonar fríamente, ver un motivo, una causa, un medio de dar con los desaparecidos, de saber dónde estaban...

Se erguía ya su cabeza cuando de súbito se quedó rígido, envarado.

Algo sucedía tras él. Ahora no todo era silencio. Había oído un ruido. Un leve ruido en la desierta calle de la Colonia. Tenía un oído muy agudo y se sentía plenamente seguro de que el ruido era real. El roce de unos pies sobre el asfalto plástico de la calle...

Giró la cabeza con lentitud. Miró con ojos dilatados hacia las sombras, más allá de la hilera de farolas y de las ventanas iluminadas...

Entonces vio la sombra que se movía, que avanzaba lentamente hacia él.

Podía tratarse de un ser humano o de un espectro, de un fantasma siniestro en aquel paraje alucinante, poblado al parecer por trasgos capaces de eclipsar a los humanos sin dejar el menor rastro...

Luego, la voz sonó llegando de la zona en sombras. Una voz que se dirigía a él...

CAPÍTULO IV
SENDAS DE TINIEBLAS



LLOS se fueron... Todos se fueron... Ellos nos dejaron solos... Ellos nunca volverán. Yo sé que nunca volverán... Se fueron hacia las sombras de las que nunca más se regresa. Sí, se fueron... para siempre...

Eran como palabras llegadas de ultratumba, de regiones situadas más allá del mismo Universo, de los mundos y de las estrellas para las que el Hombre ya no conocía freno ni obstáculo. Pero existía aquella sombra, aquella Región de eterno misterio, más allá de la Vida, de la que nadie podía hablar, a la que nadie podía llegar, si no era muerto...

Aquella voz y aquel ser que se movía hacia él, como una sombra dotada de animación y de voz, ¿venían acaso de ese Reino de eternas tinieblas? Si no era así, lo parecía. Las palabras terribles, demoledoras, desesperanzadas, eran mensajes de un «más allá», premoniciones que helaban la sangre.

—Helen... y Eric... No volver jamás... ¡No! —aulló Victor Krawok, rebelándose a la idea, moviéndose hacia el que hablaba sin que la marcha lenta y fatalista de éste se alterase por ello—. ¡Eso no puede suceder! ¡Yo sé que no es eso lo que sucederá!...

—Te engañas a ti mismo, hombre... —dijo la voz terrible—. Te engañas... como yo me engañé... cuando lo supe. Pero la verdad sólo puede ser una... Ellos no volvieron. No volverán tampoco ahora. Nunca, nunca, amigo... Solamente quedamos nosotros. Vámonos de aquí. Vámonos, antes de que los fantasmas infernales se nos lleven también hacia su reino de horrores...

—¿«Fantasmas»? —Victor pronunció duramente la palabra. Ya estaba lo bastante cerca, ya veía al que hablaba: era un hombre, un ser de carne y hueso—. ¡No hay fantasmas en ninguna parte! ¡No existen! Si esto ha sucedido tuvo que ser por una razón tangible, no por fantasías de ultratumba...

Se encaró al hombre. Su aspecto le impresionó. Lívido, blanco como un muerto. Sus ojos estaban muy dilatados, brillantes a veces para ponerse opacos acto seguido. La boca torcida, babeante, entre

una barba crecida, inculta y muy rubia. Los ralos cabellos sin peinar colgaban laciamente a ambos lados de su rostro enjuto, sumido, de febriles mejillas.

—Nunca pasó nada tangible aquí, en los Pantanos, amigo —respondió el otro, como un eco remoto y angustioso—. Yo viví aquí… Yo era feliz, empezaba a sentirme seguro y dichoso como todos los demás… De repente, sucedió. De repente, todo se quedó desierto y abandonado…

—¿Cuándo? ¿Cómo pasó? —le aferró por las solapas, zarandeándole. El otro estaba tan flaco y opuso tan débil resistencia que parecía un guiñapo. Le soltó, musitando—: Perdone… No sé lo que me hago…

El hombre rehízo su precario equilibrio. Le miró con tristeza.

—Entiendo lo que le pasa, no se preocupe —jadeó—. Yo hubiera hecho igual entonces, de tener a alguien cerca de mí…

—¿Entonces? ¿Cuándo, por el amor de Dios? —preguntó Victor, con un timbre agudo, apremiante.

—Cuando pasó esto… Hace días… muchos días… Quizás un mes, no sé. Yo no he comido desde entonces. No he dormido apenas. No hice más que vagar por ahí, llegar al borde del pantano… Me tiré a uno de ellos, desesperado…

—¿A un pantano?

—Sí. Me repelió y me devolvió al suelo firme. El pantano no traga metal. Lo rechaza… —se tocó las ropas metálicas y flexibles—. Luego, ni siquiera he tenido ya valor o fuerzas para intentarlo… sin ropas. Ese fango negro… es como barro del infierno. Horroriza verse en él, amigo…

—Sí, sí, pero, ¿qué sucedió? ¿Cómo desaparecieron ellos? ¿Cómo pudieron eclipsarse todos sin dejar rastro? ¿Huyeron, asustados por algo? Si es así, ¿por qué todo está en orden? Los que huyen dejan tras de sí rastros desordenados, confusos…

—Ellos se fueron… pero no sé dónde. Nadie puede saberlo.

—Dios mío, trate de entenderme… y de explicarse —gimió Victor, suplicante—. Yo quiero saber… Necesito saber… lo que pasó, ¿entiende?

—También yo… hubiera querido saberlo —musitó el otro, inclinando la cabeza, desalentado—. Yo me había alejado, ¿entiende? Tuve una discusión aquella noche… con mis hijos y mi mujer. Me marché, enfadado… No tardé mucho. Sólo unas pocas horas. Unas pocas horas… y ya había sido suficiente. Cuando volví… no había nadie. ¡Nadie! ¿Se da cuenta?

Victor Krawok asintió, despacio, perdida toda esperanza de

averiguar, de saber. El único que podía hablar… no estuvo tampoco allí en aquel momento. Cuando volvió, todo había sucedido ya.

Y aquel «todo»… ¿Qué era?

Un bloque de viviendas de colonos, edificado en una zona cercana a los pantanos de un planeta recién iniciado en la Colonización… y de repente, el silencio, la soledad. Todos desaparecidos sin dejar rastro. Quizá todos… muertos.

La idea le estremeció. Pero ¿qué se podía pensar? No había nadie allí. No habían vuelto. No se sabía nada de nada… Miró al hombre con expresión extraviada. Ahora podía comprenderle mejor. Ahora se daba cuenta de que ya no estaba ante un ser normal. Aquel hombre había sufrido el impacto terrible de perder a los suyos en el breve espacio de unas horas, tras una vulgar discusión doméstica. Desde entonces no había ingerido alimentos, no había dormido apenas, no había sido más que un espectro, un fantasma humano vagando por entre los edificios, mirando alrededor, buscando, implorando, llorando unas veces, gritando otras, con la furia inútil que da la impotencia…

—Dios mío… Usted y yo… ¡Nos han dejado solos! —jadeó lentamente—. Es… es como una pesadilla monstruosa y terrible…

—Sí. Pero una pesadilla de la que no se despierta… ¡De la que jamás despertaremos! —gritó roncamente el hombre—. Mi querida Jane, mis hijos Gordon, Steve y Karl… Todos se fueron. Y yo sé que no volverán. Si no han vuelto, si no he hallado su rastro nunca… ¡no volverán ya!

—No debemos perder las esperanzas —replicó Victor, tratando de alentarse a sí mismo—. Tantas personas no pueden desaparecer. Tiene que existir un medio, una forma de averiguar lo sucedido, de buscarles dondequiera que sea…

—No, no lo hay —denegó el otro—. Yo lo intenté. Una y otra vez… Siempre fracasé, siempre crucé los pantanos y, por fin, me encontré con los límites de la Jungla Púrpura. De allí ya no se puede pasar. Era el final de la búsqueda. Y no hallé nada. Absolutamente nada…

Krawok no replicó. Aquel colono conocía mejor Alfa-Seis que él. Y no había encontrado cosa alguna. Quizá fuera cierto todo; quizá los fantasmas de aquel mundo desconocido habían intervenido, vengándose de los intrusos, de sus humanos invasores pacíficos.

El hombre aquel, como un espectro, se alejó de él balbuceando cosas incoherentes. Victor le dirigió todavía una pregunta:

—¿Y nadie sabe nada en parte alguna de este planeta? ¿No hay medios de informar, no hay, policías, soldados o colonos capaces de

ayudar a buscar?

—Hubo policías-colonos aquí... —musitó el otro, encogiéndose de hombros—. También ellos se fueron... Hay una centralilla de radioteléfono. Pero no sé utilizarla. No sé...

Victor Krawok no esperó a más. Corrió vertiginosamente hacia los edificios, buscando aquella centralilla. El semienloquecido superviviente del Bloque A-30, en los Pantanos, se alejaba ya con sus balbuceos dementes, con su aire de sonámbulo, fatigado y torpe.

Victor Krawok encontró el indicador de la centralilla, casi al final del Bloque. Subió unos tramos de escalera y penetró en una reducida oficina y central de radiotelefonía e intervisión.

Pero allí nada funcionaba. La luz estaba encendida. Y la radiotelefonía, cerrada en el indicador de: «Averías. No transmite.» Los ojos de Victor se entornaron. Aquello era curioso. Si habían llamado de North City, de Centrópolis o de Polaria, los lugares más cercanos a los Pantanos de Alfa-Seis, la respuesta automática de la centralilla sería precisamente la que señalaba el equipo automático-magnético: «Averías. No transmite.» Eso alejaría toda sospecha por la larga incomunicación.

¿Lo dejó así el operario de turno cuando la desaparición colectiva? ¿O alguien lo hizo así para alargar la ignorancia respecto a lo sucedido allí? En ese caso, habría que admitir que había intervenido alguien inteligente. Él no ponía en duda la inteligencia de los fantasmas. Pero no hasta ese punto.

Victor Krawok se inclinó sobre los mandos. Viró la manecilla y dio comunicación. Una luz verde, en el indicador, señaló que funcionaba todo. La «avería» era pues una mentira. Otro detalle revelador.

Empezó a transmitir, utilizando la clave que figuraba allí, en un cuadro de vidrio iluminado. Conectó primero con Centrópolis, capital de Alfa-Seis. Luego con North City, con Polaria, con South Place...

Y a todos transmitió el mismo mensaje:

—SOS... SOS desde los Pantanos, en su Colonia de Zona 35, Bloque A-30... Todos desaparecidos sin dejar rastro, desde hace semanas... Fingida avería en radiofonía. SOS urgente. Envíen fuerzas policiales o Ejército. Envíenlo urgentemente. Salgo en busca de los desaparecidos sin perder tiempo. SOS... SOS... Es muy urgente... Firma: Victor Krawok, piloto espacial de la Expedición Mil Cuarenta y Siete a Alfa-Seis...»

Fatigado, dejó de transmitir. No esperó respuesta. Situó el indicador en el punto automático que señalaba: «Llamada

emergencia general.»

A partir de ese momento, el transmisor no pararía de emitir el SOS convenido. Era la voz de alarma para todo el planeta. El aviso de que algo grave, algo realmente terrible había sucedido en los Pantanos.

Victor Krawok salió a la calle. La luz grisácea se había vuelto intensamente azulada, sobre todo por el horizonte, donde los añiles jugaban de forma prodigiosa entre jirones de nubes. Pronto emergería Rigel, el supergigante azul, llenando con su luz de diamante fabuloso los cielos de Orión.

Dio unos pasos lentos, inseguros, vacilantes. Le dolía la cabeza, palpitaban sus sienes y le flaqueaban las piernas de un modo violento, Era una situación tensa, obsesiva, candente. Los infortunios, la angustia y el dolor parecían aguijones que, a millares, se lanzasen sobre él en cerco erizado de punzante crueldad.

Estaba fatigado.

No sabía qué hacer. Pero era preciso hacer algo. Y pronto. No podía quedarse allí, no podía admitir el fracaso, la pérdida terrible y quedarse vagando por los alrededores de aquel bloque residencial levantado en los Pantanos de Alfa-Seis, hasta enloquecer como aquel infortunado superviviente...

Le vio ahora. Sentado en un portal, hablando con el vacío, mirando vaga y confusamente hacia la luz del azul amanecer. Sintió una infinita compasión por él. Pero sabía que era inútil intentar sacarle de aquella inconsciencia demente. Ya harían algo por él los soldados o policías del Cuerpo de Policía Interplanetaria, cuando llegasen acudiendo a la constante llamada de socorro del Bloque A-30.

Se puso en movimiento. No había descansado. Ni había dormido apenas, salvo el escaso tiempo a bordo del aerovía de Centrópolis a los Pantanos. Pero no sentía el cansancio ni el sueño. No podía sentir más que angustia, inquietud, avidez de saber, de descubrir algo...

Salió del bloque de edificios. A pesar de la intensa luz del día, las farolas, las ventanas, las puertas abiertas seguían derramando claridad azul. Eran como boquetes en un cuerpo muerto, acribillado por armas ciclópeas. Un silencio sepulcral se extendía, con la mañana, por la campiña oscura, grisácea, salpicada de arbustos grises o pardos, de flores amarillas y de pantanos negros. No había aves en aquella región.

Escudriñó el cielo, las copas de los árboles de Alfa-Seis, amorfos

y lánguidos. Era grata tanta quietud. Victor sabía que en el planeta había abundancia de exóticas y singulares aves de raro plumaje, de colorido realmente prodigioso. Allí no existía nada de eso. La impresión desoladora y alucinante de vivir en un mundo muerto era mayor que nunca a causa de ese mismo silencio, de esa total ausencia de otra vida que no fuese la puramente vegetal, pobre y enfermiza, a excepción de aquellas bellas flores amarillas, única nota de animación en el cuadro. Un cuadro que parecía trazado por los pinceles de un artista sombrío y deprimido, en pleno delirio de angustias y oscuridades anímicas.

Caminó pesadamente hasta llegar al turbocar. Él no cometería el error de aquel hombre desconcertado, medio loco, que buscaba en vano a sus seres queridos. Él tenía un vehículo y lo utilizaría en la búsqueda.

Subió al turbocar. Lo puso en marcha. Lentamente Comenzó a virar y se alejó del bloque. Sus ojos escudriñaban el suelo. Estaba inclinado sobre los mandos. La cruda e intensa luz azul de la rápida aurora le mostraba los detalles del blando y fangoso suelo inmediato a los pantanos. Había huellas, pero ninguna reciente, ninguna clara o concreta.

Comenzó a avanzar, moviendo el vehículo casi con pereza. Pero al mismo tiempo con plena seguridad. Registrando cada palmo, cada pulgada del suelo negruzco.

Por el momento, nada parecía ofrecerle demasiadas esperanzas. No había huellas, no había indicios. No había nada de nada en parte alguna de las revisadas escrupulosamente por sus entornados y agudos ojos.

Pero, a pesar de ello, no desfalleció. No cejó en su empeño. Continuó adelante, siempre adelante. Rodeó por completo el bloque de viviendas desiertas sin encontrar rastro alguno.

Desalentado, se detuvo un momento. Paró el turborreactor. Respiró con fuerza y se frotó los párpados para reanimarse un poco. La vista le dolía, a fuerza de clavarla en los más insignificantes accidentes del terreno.

No sabía qué hacer. Continuaría buscando, sí. Pero incluso ignoraba por dónde comenzar ahora. Las posibilidades de éxito parecían haberse terminado de modo definitivo. Tendría que guiarse por puro azar…

Inclinó la cabeza. Encendió un cigarrillo. Era algo insustituible para normalizarse los nervios, descontrolados casi desde el momento mismo en que comenzó a llamar a Helen y a Eric sin recibir respuesta.

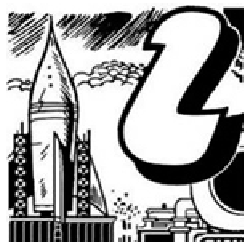
Mientras fumaba, distraída y pensativamente, sucedió.

Se detuvo en seco. El cigarrillo cayó de sus dedos. Clavó los ojos muy abiertos y sorprendidos en el repentino hallazgo.

Podía ser algo o no tener valor alguno. Pero, al menos, era «algo». Y estaba deseando asirse a una posibilidad, a una oportunidad, por borrosa y lejana que fuese...

Abrió la portezuela. Salió del turbocar y se movió hacia el lugar del sendero negruzco, húmedo y blando, donde creyera ver algo que brillaba, medio enterrado en la granulada tierra color humo...

CAPÍTULO V
DÓNDE IBA LA PISTA



OS dedos apartaron rápidamente los oscuros granos terrosos, que se convertían en barro al tocarlos. Un barro metálico casi, tornasolado al diluirse sobre la piel. Pero sin embargo era materia antimetálica, como la que formaba el denso fango de los pantanos.

Extrajo el objeto. Estaba brillante todavía, a pesar de estar tan sucio, tan cubierto de barro y polvo. Lo contempló muy de cerca, despojándole con suaves movimientos de su mano de todo rastro de polvo y suciedad.

Una vez logrado eso, pudo verlo claramente y sin lugar a dudas.

Era un juguete.

Se estremeció. Una palidez intensa cubrió su rostro; pudo comprenderlo por el repentino frío de su piel, por las gotas de sudor que perlaban su frente. Estudió, intrigado y lleno de angustia, la forma del pequeño y gracioso cohete electrónico, de pequeño modelo. Un auténtico juguete. Pero un juguete que, para él, tenía un especial significado. O creía que podía tenerlo. Y tal vez no se equivocara.

Recordaba vagamente los juguetes que viera en el cuarto infantil de Eric. Entre ellos, vio dos cohetes electrónicos como aquel, dentro de un estuche plástico que representaba un hangar interplanetario. Podía recordar, con un esfuerzo mental, que los colores de aquellos dos cohetes eran rojo y verde. Había visto en los bazares cosas así, y eran juegos de cohetes de tres colores: rojo, verde y amarillo.

Este cohete... era amarillo.

Podía ser casual. Pero el corazón le dijo a Victor Krawok que no lo era. No creía en casualidades así. Nunca había creído, aunque admitía en la posibilidad de que se diesen.

—Espero que no sea precisamente ahora —añadió en un murmullo, expresando con palabras su pensamiento más ferviente —. ¡Tiene que ser un rastro! Eric... Eric pasó por aquí...

Luego, la conclusión inmediata a esa suposición:

—Y si Eric pasó... tal vez pasaron todos los demás...

Sí, tenía que ser eso. Victor Krawok alzó la cabeza y miró ante

sí. El sendero era largo y desaparecía en el horizonte, entre pantanos, árboles raquíticos y enfermizos, flores amarillas y matorrales grises...

Saltó de nuevo al interior del turbocar. Empezó a manipular. Partió a buena marcha. Aceleró más y más, siguiendo aquel sendero, alejándose ahora definitivamente de las viviendas del Bloque A-30. Comprobó, con la brújula del turbocar, que el rumbo era nor-noroeste.

Lo siguió. Aquello era mejor que nada. Si el rastro hallado era real, tenía que llegar a alguna parte. Al menos seguiría un camino por el que pudo haber pasado Eric. U otro niño, en el peor de los casos. Claro que el juguete pudo perderse antes de suceder «aquello», cualquiera que hubiera sido el suceso. Pero de nuevo la corazonada y el instinto de Victor le dijeron que no. Que no podía ser tanta su fatalidad.

Pero, de cualquier modo, estaba dispuesto a continuar adelante. El turbocar se alejó más y más. Siempre hacia el nor-noroeste de Alfa-Seis. Más allá de los pantanos. Más allá de las zonas colonizadas.

Rumbo a no sabía dónde...

* * *

El turbocar se detuvo.

Ahora ya sabía dónde estaba. Aun sin haberlo visto jamás, aquel muro vegetal inmenso, frondoso y multicolor que se erguía ante él, solamente podía ser la frontera de un lugar:

La Selva Púrpura.

La temida y virginal Selva Púrpura, al norte de Alfa-Seis y cerca ya del círculo polar del pequeño planeta de Orión...

Victor Krawok volvió a descender del turbocar. Miró alrededor suyo, a la inmensa extensión oscura que terminaba allí. Los burbujeantes e hirvientes pantanos negros quedaban atrás definitivamente. A partir de allí, una densa floresta, con irisados tonos de belleza increíble, pero donde el purpúreo predominaba, con tornasolados fabulosamente sugestivos, se extendía a lo largo y ancho de millas y millas, en dirección a los glaciares y cumbres eternamente heladas al norte de Alfa-Seis.

—Dios mío... —musitó, pasándose una mano trémula por el rostro—. Dios mío, la Selva Púrpura... ¿Han podido ellos... han podido ellos entrar ahí? ¿Por qué? ¿Quién les guio? ¿Qué pudo suceder para...?

Se detuvo. Ni siquiera sabía si ellos, los habitantes del núcleo

colonial, podían haber penetrado en los límites del recinto vegetal de variado color y frondosidad casi inexpugnable, en aquel nuevo reino del misterio y de lo desconocido, en una tierra virgen, cercada por la muralla de espesura purpúrea…

Pero él iba a penetrar allí.

No sentía el menor temor en hacerlo. Aunque se extraviase para siempre dentro del inmenso boscaje, en aquella jungla planetaria situada en un mundo que le era desconocido y donde apenas hacía unas horas que su pie había pisado por primera vez.

Los primeros ramajes, colgando hasta rozar el suelo, rozaron su rostro y sus ropas. Siguió adelante, abriéndose paso entre ellos. Un intenso olor a vegetación fresca y húmeda hirió su olfato. La tierra también olía a mojado y exuberante. Sus pies pisaron el suelo blando, alfombrado de hierbas rosadas, extrañas, de desconcertantes colores, como todo el juego policromado de aquella selva singular.

Se hundió en la espesura. Inauditas y fantásticas ramas, de hojarasca dorada y azul, de verdores jamás vistos antes, de tornasoles vegetales en rojos y rosados con centelleos abundantes de púrpura, que daban su nombre peculiar a la densa zona vegetal, le golpeaban aquí y allá, se enredaban en sus brazos, en sus piernas, en su rostro y cabellos, despeinándole y forzándole a avanzar lentamente, a abrirse paso a veces titánicamente entre un auténtico laberinto de colores, de ramajes, de hojas y lianas asombrosas.

La Selva Púrpura continuaba abriéndose ante él. Como una mágica y fantástica serie de cortinas de mil colores cuyos flecos dificultaban la acción. Lo que podía haber dentro de aquellas cortinas de verdura irisada, nadie lo sabía. Y Victor Krawok menos que nadie, ciertamente.

Jadeante, se detuvo en un reducido claro que rodeaban altos y combados árboles de troncos color rosa, de ramajes de tornasol azul-gris con hojas intensamente púrpuras.

—No… no puedo más… —susurró. Miró en torno, con una ojeada circular. A medida que giraba la cabeza, iba descubriendo lentamente rincones umbríos, zonas penumbrosas donde sonaban trinos de pájaros fantasmales, invisibles en la densidad de sombras que formaban los árboles, impidiendo el paso, salvo en salpicaduras de rayos azulados, de la luz diurna del gigantesco sol Rigel—. Esto es un laberinto… un laberinto sin salida… y del que quizá nunca halle tampoco la entrada…

Era una situación peligrosa.

Por un momento, tuvo la loca idea de retroceder, de huir, de

buscar aquella salida que tal vez muy pronto ya no le sería siquiera accesible. Pero inmediatamente rectificó. No, no podía hacer eso. Debía continuar. Retroceder significaba perder la última oportunidad, la única quizá...

Se rehízo y se pasó la mano por la cara. Retiró el dorso empapado por el sudor que corría sobre su epidermis y mojaba sus cabellos revueltos, desordenados, sucios de barro y polvo.

Volvió a la carga. Continuó el avance. Contra todos los obstáculos. Contra el cansancio, la sed, el hambre, el agotamiento, el sueño y la desesperanza que hacían de él casi un pelele humano.

Pero un pelele que aún tenía fuerzas, que aún alentaba y estaba aún dispuesto a seguir adelante, a continuar sin reposo, a llegar a donde fuera preciso. Victor Krawok había sido siempre duro de vencer por los avatares.

Y ahora, ésta era la prueba mayor de todas. Pero también él estaba dispuesto como no lo estuviera nunca a demostrar que era capaz de llegar más lejos de lo que jamás llegó cuando anteriormente luchó por vencer esos obstáculos, esos avatares, esas contrariedades que ahora habían llegado a su máximo límite.

Victor Krawok no estaba vencido. Todavía no. Pero... ¿cuánto podía quedarle de resistencia, de fuerzas humanas, de vitalidad puramente física para seguir combatiendo todo lo que se oponía ante él?

* * *

La noche estaba cerca de nuevo.

Alzó la cabeza empapada de agua. Un agua dulzona, espesa, de un suave tono rosado. Pero era agua. Agua fresca, que había llenado su boca y su garganta de un agradable y reconfortante frescor. Y que había sido un leve alivio para sus labios agrietados.

Después, fueron frutos salvajes, de gigantesco tamaño y espesa pulpa dulce, de carnosidad alimenticia y sabrosa los que aliviaron también su hambre. Una hora de sueño, quizá menos, fue la reparación insignificante de tantas y tantas horas de retraso en el descanso corporal.

Luego, había vuelto a beber agua, había llenado de aquel líquido rosado una bolsa plástica, recuerdo aún de su habitual equipo espacial, y con esa leve provisión, más un puñado de rojos frutos alimenticios, siguió adelante por la espesa jungla.

Pero ahora, cuando la noche llegaba y había hallado la segunda charca rosada y fresca, pensó que no podía hacer más por el momento, sino quedarse a reponer fuerzas nuevamente y descansar

unas horas, las pocas que duraba la noche singular de Alfa-Seis, el fantástico planeta donde los seres humanos podían desaparecer colectivamente sin dejar tras de sí el menor rastro que pudiera explicar lo sucedido.

Se dejó caer en la alfombra de hierba esponjosa y aromática. Ignoraba si existirían fieras temibles en aquella selva. Si era así, quizá nunca saldría vivo de ella. En todas las junglas, terrestres o no, era fácil hallar alimañas peligrosas. Y posiblemente también allí las hubiera. Pero él carecía de armas apropiadas para defenderse de nadie. Sería víctima propiciatoria de ellas, si realmente existían y le atacaban.

Lentamente, sin casi advertirlo y por el propio agotamiento que le invadía, se quedó dormido...

Quizás hubiera dormido toda la noche, de no suceder nada y mantenerse en torno suyo el silencio inmutable de la jungla púrpura, sólo roto de vez en cuando por el trino o el batir de alas de algún ave exótica de Alfa-Seis.

Pero cuando Victor Krawok despertó, aún era noche cerrada, y el cielo, tras el palio denso de la espesura purpúrea de los altos árboles combados, tenía el tono azul-violeta que ya le viera anteriormente, cuando nada se interponía entre sus ojos y el espacio sideral en la remota constelación de Orión.

Algo le había despertado súbita y violentamente.

Y ese algo... había sido un alarido, un chillido escalofriante. Algo que ninguna garganta humana hubiese podido proferir.

Si en Alfa-Seis había criaturas vivas, espantosas y temibles... una de ellas había sido la que emitió el espeluznante alarido...

* * *

Se incorporó de un salto, nada más despertarse.

Había sido algo más que un grito en la oscuridad azul-violeta de la espesura. Ante él, fugaz, casi increíble, pasó un doble centelleo dorado. La luz extraña, chispeante, maligna de dos ojos. O de «algo» que se les parecía mucho.

Esa luz difusa se perdió de súbito en las negruras nocturnas de aquella selva inquietante y ominosa, en el cerco vegetal que le rodeaba.

Luego hubo un roce. Largo, reptante, estremecedor. Un escalofrío subió por su espina dorsal, mientras con la mirada buscaba algo, un indicio, un bulto, la sensación física de un cuerpo.

E inmediatamente otro grito...

Pero Victor temió por un momento haberse equivocado antes,

quizá desconcertado por el sueño. Aquel grito… había sido humano. Sin la menor duda. Una garganta de criatura humana.

Corrió hacia la espesura. Tan rápida, tan precipitadamente, que se enredaron sus pies en unas lianas colgantes y rodó sobre la hierba. El grito se repitió. Claro, nítido:

—¡Socorro…! ¡Dios mío, ayúdenme…! ¡Ese monstruo… me matará…!

Victor Krawok sí corrió esta vez. Aquella voz, aquellas palabras… aquel acento. Era un hombre, un ser humano como él, expresándose cómo él en el lenguaje internacional de la Tierra… Y su angustia, su tono desesperado, lleno de horror, eran evidente indicio de que una vida estaba en peligro, de que los ojos dorados habían existido realmente… y pertenecían a alguna bestia terrible del planeta Alfa-Seis, en Orión, bajo la luz azul del gigantesco Rigel…

—¡Ya voy! —rugió, impetuoso—. ¡Ahí voy…!

Penetró en la zona más oscura, salvó una cortina de lianas y se encontró en otro claro, iluminado por la difusa luz de los astros, allá en el celaje azul-violeta, dada la menor densidad de las copas de la arboleda circundante.

Y lo vio todo. Pudo descubrir al hombre que había gritado. Y al ser que provocaba su terror invencible…

CAPÍTULO VI
LOS HORRORES DE ALFA-SEIS



L hombre estaba herido.

Su brazo derecho sangraba abundantemente y pendía, totalmente inútil, a lo largo de su cuerpo. Tenía alzado el izquierdo, con la mano crispada, como pretendiendo apartar de su presencia a la criatura horrenda que se le oponía. Y estaba medio caído, con un recio árbol a su espalda. En la hierba, no lejos de su brazo inútil, estaba un objeto metálico, en cuya superficie bruñida, centelleaban los astros al reflejarse. ¡Un arma, un tubo de cargas corrosivas!

En cuanto a la criatura del planeta...

Victor Krawok se estremeció, alucinado ante su presencia. Era un hombre valeroso y resuelto. A pesar de ello, retrocedió instintivamente unos pasos ante aquel monstruoso ser.

Era una especie de esfera velluda. Podía haberse confundido con una araña colosal, de no ser porque carecía de las numerosas patas de un arácnido, y sin embargo sostenía su esférico y repugnante cuerpo peludo, de color verde oscuro, sobre una especie de tentáculos sinuosos y reptantes. Eran dos tentáculos los que sostenían la viviente esfera en pie. Y unas zarpas alargadas, como látigos, cubiertas de pelo erizado, afilado como cuchillas, se movían hacia el hombre herido. A los extremos de ambas zarpas, una especie de dentadas tenazas iban a estrujar el cuello del hombre, aniquilándole radicalmente.

Victor Krawok no tenía muchas cosas que hacer en aquel trance. La viviente esfera peluda viró su cabezota y cuerpo en una pieza, con un chillido escalofriante, que Victor identificó como el escuchado en primer lugar. Luego, se encontró con los dos globos u ojos de la fiera. Eran dorados, de un amarillo repugnante y bilioso. Tenían malignidad, era indudable, por muy extraña a la especie humana e incluso animal de la Tierra que fuese la criatura abominable de Alfa-Seis.

Al parecer, las dos zarpas, largas y flexibles como látigos, podían ocuparse simultáneamente de dos adversarios. Y eso es lo que hizo el atroz monstruo un momento después.

Pero ya para entonces, Victor había utilizado su única posibilidad de defensa propia... y también de defensa para aquel infortunado que yacía, indefenso y horrorizado, ante el monstruo del planeta.

—¡Sí, por Dios! —jadeó el otro—. ¡El arma! ¡Dispare...!

El monstruo lanzó hacia Victor su zarpa y el hombre chilló, angustiado, temiendo que los vellos afilados como púas hirieran a su inesperado auxiliar. Evidentemente, era la clase de arma que a él le había herido antes.

Krawok logró aferrar el tubo metálico que lanzaba cargas corrosivas. Apuntó hacia su enemigo monstruoso. La alimaña planetaria cargó sobre él, y Victor, veloz, inclinó medio cuerpo, ocultó su cabeza, y las púas, como cien cuchillos agudos, silbaron sobre sus cabellos, hiriendo el aire con un sonido chirriante, pero no a Victor, que logró eludir el mortífero impacto...

—¡No me alcanzarás, repugnante babosa! —masculló Victor, tirándose a tierra y alzando el arma hacia el esférico monstruo. Luego apretó el resorte de disparo...

Brotó un fulgurante chispazo, un chorro de luz que alcanzó de lleno al extraño ser redondo. Sus púas comenzaron a arder y sus miembros, largos y sinuosos, se retorcieron, en medio de un estallido de viva luz.

La esfera velluda reventó con un nauseabundo chasquido que sonó a tela rasgada. Brotó un líquido lechoso, color grisáceo, y luego empezó a desintegrarse, se diluyó en fragmentos que cada vez fueron más reducidos, como una mecha que se extingue...

Otro aullido chirriante acompañó a la desintegración de la alimaña. El hombre herido asintió, incrédulo, a aquel horrible final de la bestia, que era su propia salvación a una suerte aterradora.

Luego, lentamente, su rostro se volvió hacia Victor mientras el cuerpo del monstruo se disolvía en el suelo hasta la total extinción.

—Gracias, amigo —musitó—. No sé quién es usted... pero gracias. Mil veces gracias por su heroísmo... y su oportunidad en llegar...

—No me las dé a mí —replicó Victor roncamente, contemplando aún a la criatura aniquilada. Agitó el arma humeante—. Su proyector de cargas disolventes tuvo el primer papel. Y el segundo, la casualidad de nuestra mutua proximidad en un momento así.

—Sí, tiene razón... Pero usted es la razón básica de que yo siga existiendo... ¿Es... es un colono tal vez, perteneciente a la Zona 35?

—Yo no. ¿Y usted?

—Tampoco... en cierto modo. No llegué siquiera a serlo.

Ambos hombres se miraron largamente y en silencio. Tras la tensión violenta y súbita de lo sucedido poco antes, ahora empezaban a pensar con claridad, veían lo sorprendente de su coincidencia dentro de un mundo vegetal que se suponía virgen.

—Bien, entonces no lo entiendo... —confesó finalmente el desconocido del brazo sangrante.

—¿Se extrañará si le digo que yo tampoco? —sonrió Victor Krawok con expresión irónica, contemplándole con la misma fijeza con que él era contemplado.

—Por supuesto que no. Le diré mi nombre y lo que soy. Y la razón de mi presencia aquí. Me llamo Ayn Gurk, y he llegado a Alfa-Seis en cumplimiento de mi cometido: soy reportero.

—¿Reportero? ¿De televisión, tal vez?

—No, no. Pertenezco a la Cadena Worlds Incorporated. Escribo en el «Sun», el «Space Time» y también colaboro con menos asiduidad en la revista «Atlas Magazine», de Colonia Marte.

—Entiendo. ¿Ha venido a Alfa-Seis en busca de noticias?

—Sí —resopló Gurk—. Y las he encontrado. Vaya si las encontré, amigo... —respiró con fuerza y señaló al monstruo aniquilado—. Ahora ¿podría saber quién es usted?

—Sí, amigo Gurk. Permita que le llame así, pues creo que nuestro encuentro ha sido lo bastante trascendental como para que le califique de amigo a pesar de que no nos conocemos de nada. Yo soy Victor Krawok y he tripulado la nave espacial desde la Tierra en la Expedición Mil Cuarenta y Siete. Por cierto que, al llegar aquí, también me encontré con una joven periodista. Pero ella era de la TV... Después...

Lo refirió todo, breve y sucintamente. El otro le escuchó asombrado. Luego, parpadeó con expresión atónita. Miró en torno, estremeciéndose. No parecía acordarse siquiera de su brazo herido, que todavía sangraba.

—Maldito planeta éste... —jadeó—. Es un mal sitio, amigo Krawok... Yo juraría que hay algo... siniestro, fantasmal...

—¿Fantasmal? —se sobresaltó Victor—. Es curioso...

—¿El qué es curioso?

—Que coincida usted. Otra persona me habló de eso mismo... Y entonces lo tomé a broma. Como cuando uno habla de trasgos, duendes y todo eso. Luego... luego sentí algo raro. Como si realmente eso de la existencia de fantasmas pudiera ser posible. Y ahora esta selva, ese monstruo...

—Y sobre todo la desaparición de toda esa gente, Krawok... —le recordó con voz sombría el otro—. Eso es extraño. Muy extraño...

No tiene explicación posible. Se puede raptar a un grupo de gente, aunque si es muy numeroso la cosa ofrece dificultades. Pero jamás con esa… digámosle «suavidad». Sin violencias, sin dejar huellas de lucha, de resistencia, de alguna pelea… Había hombres, algunos estarían lógicamente armados. No todos iban a ceder pasivamente.

—Quizás algo les… les destruyó —dijo Victor con voz rota.

—No sé —el llamado Gurk miró en torno con angustia, como si la vegetación fuera un montón de losas a punto de ceder sobre ellos —. No sé… pero yo creo que es otra cosa más alucinante, más horrible y menos sencilla que eso que usted supone.

—¿Más horrible que morir? ¿Hay algo peor que eso, Gurk?

—Claro que lo hay: el horror de una vida en un mundo de pesadilla, en algún lugar espantoso donde uno sepa que nadie va a ser capaz de llegar nunca para rescatarle. Eso es mil veces peor que la misma muerte, no le quepa duda.

—Yo estoy dispuesto a llegar a ese lugar, sea cual sea… si realmente existe.

—Mi querido amigo, ¿y qué sabe usted para hacer tal cosa? ¿Dónde espera que le lleven sus pasos por una selva de la que acaso nunca lleguemos a salir?

Victor enmudeció. Aquel hombre tenía razón. Carecía de datos, de informes para hacer nada. Virtualmente, lo ignoraba todo. ¿Dónde podía llegar? Ni siquiera podía estar seguro de que realmente ellos hubiesen entrado allí. Y, si lo hicieron… criaturas como la destruida poco antes hubieran dado buena cuenta de todos sin la menor dificultad.

—Es… es horrible —se estrujó las sienes entre sus manos—. No sé qué hacer ni adónde dirigirme, es cierto. ¿Conoce usted esta selva, Gurk?

—No. Nadie la ha conocido jamás. Yo… yo he venido atraído por su valor informativo. Podría haber sido el único hombre que cruzase la Selva Púrpura… si usted no hubiese aparecido. Pero eso no estropea mi noticia. Seremos dos: usted, mi salvador, y yo. Sólo lamento que esté aquí por razones tan terribles y dolorosas, amigo mío.

—No se preocupe. Estoy hecho a la idea y ya no me produce más dolor del que hasta ahora sentí durante, las peores horas de mi vida. Vamos, le curaré ese brazo. Sangra mucho…

—Gracias, amigo. No hay muchas cosas por aquí para hacer curas urgentes. Utilice esa agua rosada. Parece tener propiedades parecidas al alcohol, según comprobé al producirme un rasguño el otro día.

—Bien, así lo haré.

—Luego utilice un cicatrizante que llevo en el cinturón, dentro de un tubo plástico. Es bastante eficaz a veces.

—De acuerdo. Déjeme a mí... —comprobó su honda herida, larga y rasgada—. Parece como si un tremendo cuchillo hubiera rasgado su carne violentamente, Gurk.

—¿Cuchillo? —rió el otro sardónicamente—. ¿Quiere más cuchillos que las púas de ese animal? Eran realmente espantosas, cortaban como hachas afiladas y pinchaban como lanzas de los antiguos salvajes de la Tierra...

—¿Lleva mucho tiempo aquí, Gurk?

—¿En Alfa-Seis o en la Selva Púrpura concretamente?

—Bueno, ambas cosas —dijo Victor, derramando agua rosada sobre la herida. Gurk parecía tener razón. Aquello desinfectaba bastante al tocar la herida. Producía una espuma rosada, como si los bordes de los cortes hirviesen, cauterizándose.

—Le diré. En Alfa-Seis llevo ya algún tiempo. Llegué en la Expedición Mil Cuarenta. He escrito reportajes sobre Centrópolis, North City y algunos otros lugares de este mundo. Aparte esta zona, me parecía un planeta vulgar, poblado de pájaros bellísimos y de reducidos reptiles e insectos, totalmente inofensivos para el hombre, lo mismo que sus bacterias y microbios normales en toda atmósfera. Su actual estado geológico parece indicar que pudo estar poblado anteriormente por alguna raza adelantada. Pero no hay vestigios, no hay ruinas ni huellas de civilización alguna y la teoría no ha podido confirmarse. Evidentemente, tiene interés periodístico.

—Lo creo —suspiró Victor—. Televisión, prensa impresa... Todos vienen a Alfa-Seis a hacer reportajes. Y todos se interesan en un mismo lugar: la Selva Púrpura.

—Es el único punto no explorado en Alfa-Seis —hizo un gesto de dolor al utilizar Victor el cicatrizante sólido que llevaba consigo el herido en un tubo de plástico dentro del compartimento de su ancho cinturón—. Uf, eso duele. Gracias, Krawok. Ha sido muy buen chico conmigo. Si alguna vez pudiera hacer algo en su favor para pagar esta deuda...

—Olvídelo —Victor palmeó su espalda—. No hay deuda alguna entre nosotros. Nos debemos unos a otros. Estamos obligados a ayudarnos por el simple hecho de ser humanos. Y con mayor motivo a tan enorme distancia de nuestro propio mundo, Gurk.

—Bueno, ahora no dormiría aquí por nada del mundo —dijo Gurk, estremeciéndose—. ¿Qué le parece si adelantamos algo a través de esa espesura, manteniendo la dirección nor-noroeste, y

buscamos otro lugar más simpático para pernoctar y dar reposo a nuestros cuerpos?

—Me parece bien, Gurk. Pero ¿cómo orientarnos de noche? Las estrellas, en Alfa-Seis, no nos sirven para orientarnos como en la Tierra. Nos engañarían seguramente, aun reconociéndolas.

—No me guío por las estrellas —mostró su reloj de pulsera y dijo—: Mire.

Presionó. La esfera del reloj se alzó con un chasquido. Emergió una brújula no magnética, un nuevo sistema orientador de tipo electrónico que funcionaba por simple acción autónoma sin fallar jamás. Victor conocía algunas de esas brújulas, pero en esta ocasión le pareció más práctica y admirable que nunca.

—Es usted un viajero bien equipado —declaró con admiración. Buscó el nor-noroeste y lo señaló con su brazo—. Es hacia allá…

—Sí —sonrió, Gurk—. Entiende rápido. Se ve que es piloto espacial y está habituado a orientarse con celeridad cuando posee instrumentos adecuados. ¿En marcha?

—En marcha, sí.

Ambos hombres, los dos singulares viajeros de la Selva Púrpura, emprendieron su camino con renovados alientos. La compañía de otro, perdidos en un lugar como aquél, era un poderoso incentivo y una gran razón para elevar su moral.

Mecánicamente, sin quererlo siquiera, Victor Krawok iba pensando en algo. Algo que le daba vueltas y más vueltas en el cerebro. Algo que, poco a poco, se arraigaba en él como una obsesión.

«Fantasmas»… «Fantasmas»…

«Hay fantasmas en Alfa-Seis»… le había dicho la pelirroja Dorian Dark en el aerovía.

«Hay algo fantasmal en este planeta»… había añadido ahora Gurk, como una confirmación extraña de aquel temor que pareciera pueril en principio.

Pero Victor Krawok, mientras se internaba más y más en la jungla junto a su nuevo compañero, estaba seguro de que aquel presentimiento no era tan inocente como pareciera al principio.

Sí… Quizá, después de todo, había fantasmas en Alfa-Seis… Allí mismo, en torno a ellos…

Pero… ¿qué clase de «fantasmas»?

CAPÍTULO VII
EL TERCER PERSONAJE



REE que vamos a alguna parte?

La pregunta llegó desalentada. Victor Krawok se detuvo, jadeando y se enjugó el sudor de la frente, cambiando una mirada indecisa con Gurk. Tenía razón. ¿Era cierto que iban a alguna parte? ¿Sabían adónde?

—No... no sé... —balbució—. Yo no sé nada de nada. Usted tiene la palabra, Gurk. Volvamos atrás.

—Tal vez lo hagamos, a fin de cuentas —suspiró Gurk, apoyándose en un árbol con fatiga—. Es... es demasiado ya, Krawok...

Victor alzó los ojos y contempló el sol azul que penetraba por entre la vegetación. La selva era cálida, aromática... Un extraño mundo de temperatura tropical, cerca del Polo Norte de Alfa-Seis. Habían dormido algo aquella noche. Y ahora, tras varias horas de viaje sin reposo, llegaba el agotamiento. La desesperanza, la seguridad de lo inútil de toda aquella marcha, habían llegado ya antes. Mucho antes...

—Éste puede ser nuestro límite —Victor señaló ante sí a la hilera de frondosas lianas violáceas—. De aquí... hacia atrás. Y adiós para siempre a los que se fueron. Vivos o muertos, adiós a Helen... y a mi hijo Eric.

—Es inevitable, entiéndalo —se lamentó Gurk, sombrío. Miraba con pesar hacia las lianas color violeta, que formaban una bellísima y festoneada cortina natural ante ellos, como si realmente la propia Naturaleza hubiese alzado ya la cortina que cerraba su dramática búsqueda, en el acto final de aquel trágico éxodo a través de la jungla purpúrea. Gurk añadía con acento reflexivo, evidentemente contrariado—: Yo también buscaba algo más que esto, Krawok. Un... un reportaje mejor, llegar al meollo de lo desconocido... para alcanzar quizás una fortuna... Una fortuna por mis escritos, se entiende. Y he de renunciar a ello. Debo renunciar a todo. Volvamos, ahora que es tiempo de salir con vida de este maldito bosque... si Dios quiere ayudarnos.

Victor Krawok no respondió. Iba a hacerlo. Pero, de repente, se quedó con los ojos clavados en la cortina violácea de vegetales colgantes. Gurk iba a hablar de nuevo cuando se vio sorprendido por un vivo gesto de Victor indicándole silencio.

Rápidamente giró la cabeza y miró hacia donde miraba Krawok, llevando instintivamente su mano indemne al cinturón. Antes de tocarlo, recordó que era Victor, el hombre sano de la pareja, quien llevaba el disparador de cargas corrosivas. Pero no parecía decidido a utilizarlo en esta ocasión... pese al levísimo rumor que captó cerca de allí.

—Krawok, ¿qué diablos...? —musitó Gurk roncamente.

—¡Chist! —ordenó con voz tajante Victor—. ¡No diga nada! ¡Mire eso!

Gurk miró, a pesar de que ya antes lo hiciera sin ver nada, aunque sí sintiendo un leve roce en los arbustos... Ahora vio algo. Una sombra. Una sombra que avanzaba, que llegaba ya a las lianas violeta.

Un segundo después la forma en movimiento alcanzó aquellas lianas, las agitó... y las cruzó, apareciendo ante ellos.

Gurk lanzó una imprecación de asombro. Victor Krawok también.

Podía esperarse cualquier cosa menos aquello. Podía esperarse que surgiera un monstruo, una criatura extraña y alucinante... o un hombre cualquiera perdido en la selva. Pero nunca UNA MUJER.

Y menos aún, precisamente aquella mujer...

Reconoció su rojo cabello, pese al desorden en que lo llevaba. Los ojos verdes, la hermosa figura de ropas rasgadas que mostraban su tersa piel.

—¡Dios mío! —mascculló Victor, aturdido—. ¡Dorian Dark! ¡Usted...!

Dorian, la reportera de televisión, le miró fijamente, como si no le reconociera. Luego hizo algo inaudito, inesperado por completo para Victor Krawok.

Dilató los ojos llena de terror, lanzó un grito terrible y se lanzó sobre Victor... pero con sus afiladas uñas por delante, como un arma temible, para vaciarle las órbitas de sus ojos.

* * *

Krawok tuvo un momento de indecisión que pudo serle fatal, una indecisión que la hermosa pelirroja estuvo a punto de aprovechar, logrando casi hincar sus uñas en los ojos del joven. Luego, arrancarlos hubiera sido diabólicamente fácil.

Pero Victor reaccionó justamente a tiempo. Eludió el acoso con una finta agilísima y las uñas de la bella periodista hendieron el vacío sin encontrar su presa.

—¡Dorian Dark! —gritó Victor de nuevo—. ¿Se ha vuelto loca? ¡Soy yo, Krawok, su amigo en el vuelo del aerovía, su compañero de viaje! ¿Recuerda? ¿Recuerda, Dorian? Somos amigos, no vamos a hacerle daño…

—¡No tengo amigos! ¡No hay amigos aquí! —chilló ella, con una escalofriante y aguda voz, dilatadas enormemente sus pupilas y volviéndose hacia él con felina celeridad, de nuevo con las uñas por delante—. ¡Y yo no me llamo así, yo no soy la que usted dice!

Se abalanzó de nuevo sobre él. Esta vez Victor no tuvo vacilaciones. Ni la dejó hacer mucho. Lamentándolo mucho, disparó la zurda en un martillazo impresionante. Alcanzó a la muchacha en pleno mentón y la lanzó aparatosamente hacia atrás. El hermoso cuerpo femenino rodó por la hierba, sus cabellos en desorden cubrieron su rostro contraído por una mueca. Crispadas sus manos, cerrando los dedos en el aire hasta hincarse las afiladas uñas en la palma de las manos, chilló un momento antes de quedarse inmóvil, inconsciente por el directo formidable que recibiera de los nudillos de Victor.

—¡Uf! —jadeó Krawok, mirándola todavía bajo la impresión de su enorme sorpresa—. Si me descuido un poco me deja ciego…

—¿Y dijo usted que se llama Dorian Dark? —farfulló Gurk—. ¿Es ésta la periodista a la que se refirió, la reportera fotográfica de la Cosmovisión?

—Eso es… —la estudió, perplejo—. Era una chica sociable, de buen humor, cordial y simpática como pocas. No entiendo lo que pasa. Parecía una fiera al atacarnos.

—Diablo, Krawok… —se rebulló, inquieto—. Cada vez estoy más convencido de que este planeta tiene algo nefasto, cruel y oculto… Algo silencioso que nos acecha…

—También lo pienso yo —asintió Victor. Se inclinó junto a Dorian y trató de reanimarla, aunque vigilando muy de cerca sus manos exánimes—. Ella… ella parecía distinta. Otra mujer, en suma. Como poseída del diablo, o algo parecido.

—Los diablos de Alfa-Seis —murmuró pesimista Ayn Gurk—. Los hay, Krawok, los hay…

Victor no dijo nada. Palmeaba suavemente el rostro de Dorian Dark, la bella reportera de Cosmovisión. Estudió sus ropas rasgadas, rotas, su piel femenina arañada en algunos puntos revelados turbadoramente por las prendas dañadas… Pudo ser alguien o

simplemente la selva, con sus mil obstáculos punzantes. Pero aquella expresión, aquel aire de demente o de persona poseída que ofreciera al aparecer ante ellos resultaban estremecedores.

—Dorian, Dorian… —musitó dulcemente junto a su oído, mientras una de sus manos mantenía aferradas con fuerza sus dos muñecas—. Vamos, vuelva en sí… Está entre amigos. Amigos de verdad… Nadie va a hacerle daño, criatura…

Se rehacía. Gurk lo resolvió aún mejor lanzando agua rosada en su frente. Ella se estremeció, suspiró… y abrió los ojos.

Grandes, verdes, profundos, se fijaron con torpe expresión en el rostro de Victor, inclinado a podas pulgadas del de ella. Luego, de repente, se dilataron sus pupilas con el mismo aire de terror de antes. Pugnó por moverse, por desasirse. Pero sólo logró agitar en la hierba su cuerpo curvilíneo, sin incorporarse ni soltarse. La presión de Krawok era férrea.

—¡Déjeme! —gritó—. ¡Suélteme! ¡Va a matarme! ¡Va a destruirme… como a todos! ¡No quiero, no quiero estar aquí!

—Vamos, Dorian… —insistió Victor pacientemente—. Le repito que nada le sucederá. Somos amigos… buenos y verdaderos amigos… Yo soy Victor, su compañero de vuelo… Yo la ayudaré. Confíese. Confíese de verdad a mí, criatura…

Lentamente, parecía progresar. Ella no luchó ya por soltarse. Siguió mirándole con temor. Y al sonreír Krawok ella rompió a llorar vivamente. Incluso se inclinó hasta tocar con su frente y sus rojos cabellos el pecho de Victor, que la acogió sonriente, rodeando sus bellos hombros semidesnudos por los rotos de su blusa de sedaplast.

—¡Oh, Dios mío, sálveme entonces! —gimió—. ¡Ellos… ellos me persiguen… están ahí! ¡Me destruirán! ¡Ellos vienen detrás de mí, lo presiento!…

—¿Ellos? —Krawok cambió una mirada inquieta y tensa con Gurk, que había perdido algo de color. A pesar de que ambos miraron hacia la cortina de lianas violeta por donde llegara Dorian, no vieron a nadie en absoluto—. Vamos, Dorian, no hay nadie… Nadie la persigue… Cálmese, muchacha. Está con nosotros. Nadie la persigue.

—¡Sí, sí! ¡Ellos existen! ¡Ellos vienen a por mí!

—No veo a nadie, Dorian. Dese cuenta de que dice tonterías. No hay nadie aquí.

—A «ellos» no se les puede ver. Son… son fantasmas. ¡Fantasmas!, ¿entiende? —gritó con patética voz—. Y me persiguen… porque saben que yo les conozco, que sé de su

existencia… ¡Oh, no podrán salvarme! ¡No podrán!

—Está bien, no podremos salvarla. Entonces no grite. No resolverá nada, compréndalo… Dorian, tiene que serenarse y explicarnos todo eso…

—Dorian… —retrocedió un poco, sin soltarse de él. Le miró fijamente—. Me llama Dorian…

—Claro. Es su nombre, ¿no lo comprende?

—Dice que es mi amigo… Que me conoce…

—Sí, Dorian. Tiene que recordar. Aunque era de noche y fue un encuentro fugaz, yo…

—No le vi nunca. ¡Nunca le vi! —gritó ella—. No sé quién es usted. No sé nada de nada. No sé cómo me llamo ni quién soy… ni qué lugar es éste… ¡No recuerdo, no recuerdo nada!

Sollozó de nuevo, frotándose las sienes con manos nerviosas.

—¡Hay un vacío aquí, en mi mente! ¡Oh, Dios, ayúdenme, ayúdenme a saber quién soy!

Victor y Gurk se miraron. Ahora empezaban a entender algo…

—Amnesia… —musitó Gurk.

—Sí, creo que es eso —asintió Victor gravemente—. Pero, en cambio, recuerda otras cosas. A… a «ellos», por ejemplo.

—¡Sí, sí! ¡Eso sí lo sé, lo recuerdo muy bien! —gimió ella.

—Bueno, ¿y por qué?

La muchacha exclamó:

—Les sentí… les sentí tan cerca… y hace tan poco tiempo… Incluso me llamaban…

—¿La llamaban? ¿Tienen voz? —indagó Victor—. Creí que eran «fantasmas»…

—Oh, sí, son fantasmas… Nadie puede verles… Pero ellos tienen «voz». Ellos hablan… No oyes sus sonidos… ¡Les oyes aquí! —se tocó vivamente la sien, la frente, la cabeza en general. Insistió, febril, dilatando de nuevo sus ojos con terror—. ¡Aquí les oí yo! ¡Me llamaban dulcemente, me pedían que fuese hacia ellos!… Pero yo sabía… sabía que no era para ser dulces conmigo para lo que me llamaban. Eran cantos de sirena, sí… Algo parecido… Y cuando uno acude, cuando uno se confía… ¡ellos te destruyen, te absorben!

Estaba sollozando de nuevo. Krawok respiró con fuerza, desalentado.

—No podemos saber si habla de algo concreto o de simples pesadillas suyas… —comentó—. Ha perdido la memoria, eso es seguro. Ignora que es Dorian Dark y no me conoce de antes. Quizás ignora incluso en qué planeta se halla y por qué… No lleva consigo su bolso ni su cámara fotográfica… Todo debió de perderlo en la

selva. Tal vez vio «algo». O tal vez sólo existe en su mente. No podemos saberlo, Gurk…

—Podríamos… si nos aventuramos —señaló la cortina de plantas violeta—. ¿Qué le parece?

—Cielos, no sé… —Victor miró a Dorian—. Yo iría. Ahora sé que puede haber «algo» tras esa vegetación… Quizás estemos cerca, al lado mismo del misterio…

—Y de la muerte —se estremeció Gurk—. La forma de hablar de ella me asusta.

—También a mí. Pero la que sufre el terror es Dorian. No podremos convencerla para volver allá. Y no podemos dejarla sola. Se asustaría tanto que huiría de nuevo. Y perecería en la selva.

Gurk asintió. Victor Krawok contempló la cortina de lianas color violeta. Le fascinaba el enigma, la seguridad de que, quizá muy cerca, a pocos pasos de donde estaban ahora, se hallaba una de las claves de aquel pavoroso, y desconcertante misterio sideral.

«Ellos»… —pensó—. Fantasmas… Fantasmas que no eran visibles… pero que tenían voz… que hablaban dentro del cerebro… Podía ser pura imaginación o delirio febril de Dorian…

Pero otras cosas inexplicables habían sucedido. Allí podía estar la explicación.

—Escuche, Dorian —le habló—. Vamos a volver allá, al lugar de donde vino. Los tres…

—¡No! —aulló ella, horrorizada, mirándole con incredulidad angustiosa—. ¡Allí… no!…

—Sí, Dorian. Volveremos. Hemos de hacerlo. No le sucederá nada. Y no podemos dejarla sola… aquí. Iremos los tres. Verá como todo es distinto ahora…

Esperaba otra negativa, otro estallido colérico y rebelde. Se quedó estupefacto nuevamente al ver que la pelirroja inclinaba la cabeza con un suspiro y se dejaba pasivamente llevar, con unas palabras sencillas, profundas, tremendas en su propia laxitud:

—Sí, debía imaginarlo… Ustedes… hablan como «ellos»… Son de «ellos»… Me llevan al reino de «ellos»… de donde no se puede salir. Debí suponer… que no había solución, que no había escapatoria. Vamos… vamos ya…

Krawok volvió a mirar a Gurk, que mostraba su asombro ante el inesperado giro de los acontecimientos. Victor Krawok estaba decidido a aprovechar la oportunidad por encima de todo. Y la aprovechó…

—En marcha, Gurk —avisó—. Vamos allá… y que sea lo que Dios quiera…

—Adelante, Krawok —asintió su amigo—. Sólo Dios puede ahora ayudarnos.

Cruzaron la cortina de espesura color violeta. Dócilmente, Dorian Dark fue con ellos, rodeada por un brazo de Victor, sumisa como el reo que va hacia el cadalso, agotados todos los recursos de rebeldía...

Al cruzar aquella frágil muralla de vegetación de color deslumbrante tuvieron la sensación tremenda y angustiosa de que habían franqueado los umbrales del misterio. De que iban ahora directa y definitivamente hacia su meta final.

Hacia el enigma. Hacia «aquello» que Alfa-Seis ocultaba celosamente... fuese lo que fuese.

Tal vez hacia un infierno de insospechados horrores en el corazón de la Selva Púrpura de aquel remoto planeta...

* * *

Era como un pasadizo bajo la densa arboleda, bajo un palio de espesura purpúrea de tornasoles rojo-violáceos. Y aquella especie de pasadizo o corredor natural, bordeado de irisadas columnas formadas por los troncos extraños y sinuosos de los árboles de la Selva Púrpura, descendía como en declive hacia el final de un hueco en forma de embudo, de una depresión cubierta totalmente por el espeso boscaje.

La rampa aumentaba progresivamente, la cuesta se hacía más empinada hacia abajo. Y también el temor de Dorian, sus estremecimientos mientras el fuerte brazo musculoso de Krawok la rodeaba por el hombro, protectoramente, se agudizaban por momentos al ir internándose por aquella senda umbría, silenciosa, sin trinos de pájaros, sin ruidos, sin vida aparente salvo en los propios vegetales y su silenciosa existencia...

—Cuidado, Krawok —avisó con voz ronca e irreconocible su compañero Gurk—. Empuñé el arma... Puede hacernos falta...

—Sí, ya lo sé... —alzó su mano zurda, armada con el tubo proyector de cargas corrosivas. Ignoraba la eficacia que podía tener un arma material y tangible frente a «algo» que, según la versión poco verosímil y coherente de Dorian Dark, podía ser realmente fantasmal, perteneciente a un mundo de ultratumba o poco menos.

Siguieron avanzando en silencio. El corredor de jungla se revolvía de pronto hacia la derecha, en cerrada curva. Los pasos de Dorian se hicieron más débiles y temerosos. Su cuerpo fue sacudido por un escalofrío intenso como una descarga eléctrica. Pero, tras una mirada al rostro pétreo y firme de Victor Krawok, que le sonrió

animoso, continuó adelante, balbuceando:

—Sí, vamos... ¿A qué resistir? Vosotros... sois de «ellos». Y siempre vencéis, lo sé...

Seguía siendo incoherente. Pero quizá no fuese falso lo que decía. Victor se estremeció al pensar esto. Admitir como cierto lo que Dorian daba a entender, sugería un mundo alucinante tras aquel paso de vegetales densos e inextricables...

La rampa bajó más y más. Victor apretó su arma con mayor fuerza. Le dolían las mandíbulas, tan fuerte era su presión al encajarlas duramente.

De repente...

—¡Dios mío, Krawok! —gimió Gurk, con voz rota—. ¡Mire ahí!

Victor se paró en seco, como Gurk y como Dorian Dark. Miró ante sí, al final del pasadizo de árboles purpúreos.

Habían llegado. Ya tenían ante sí algo tangible, aunque pareciese fantasmal, surgido de las brumas del tiempo y del espacio, más allá de lo imaginado.

Estaban delante de una ciudad. La ciudad más fantástica que jamás viera Victor.

O, mejor dicho, lo que había sido una ciudad en el pasado ignoto de Alfa-Seis. Y que ahora, en el presente, era solamente un bellísimo círculo de ruinas irisadas, de edificios aniquilados por la acción del tiempo y de los elementos desde Dios sabía cuándo...

Dorian Dark gritó, horrorizada. Señaló trémula hacia las ruinas esplendorosas de la ciudad perdida. Y sus palabras, delirantes y agudas, estaban preñadas de angustia y de vivísimo terror:

—¡Ahí!... ¡Ahí están «ellos»! ¡Ése es su reino!

CAPÍTULO VIII
¡LOS «FANTASMAS»!



QUELLAS palabras aterrorizadas podían ser ciertas o no. Se movieron precavidamente, sin la menor confianza, paso a paso hacia las ruinas de la ciudad deslumbrante, cuyos muros derruidos parecían de cristal de roca o de puro diamante.

La vegetación había cambiado allí. Ya no era la oscura y frondosa de la jungla, sino matorrales rojizos. Y millones de flores. Flores amarillas, de corola azul, como las que crecían en los bordes de los pantanos. Sólo que allí llegaban a formar una espesa alfombra sobre los abatidos edificios y las que debieron ser, en su tiempo, amplias calles por las que circuló alguna raza extinguida, desaparecida para siempre en la noche de los siglos...

—¿Ha visto esos edificios, Krawok? —señaló Gurk—. Son... son esféricos, cilíndricos, prismáticos... Las formas más extrañas e irregulares que jamás vi. Algunos... son ondulados.

—Sí, ya veo —asintió Victor, ceñudo—. Una ciudad asombrosa. Materiales brillantes, cristalinos, pero quizá duros como la roca viva. El único vestigio de una civilización, de una vida inteligente y culta en Alfa-Seis. Sus presentimientos se cumplieron, Gurk. Aquí tiene el hallazgo que le hará famoso en su periódico y en todos los del universo...

Gurk asintió, fascinado. Ya estaban llegando a los límites de la fabulosa ciudad. El aire quieto, silencioso en torno a aquel residuo de un perdido mundo de seres inteligentes, quizás humanos, producía escalofríos. Era como pisar un cementerio prodigioso. La tumba de una raza extinguida para siempre...

Dorian se movía a viva fuerza, con una intensa palidez en su rostro, estremecida por el pánico que la dominaba. Victor Krawok no la perdía de vista en lo posible, aunque la urbe ruinosa, la metrópolis perdida en la Selva Púrpura atrajese su atención constantemente.

Tocó aquellos materiales cristalinos e irisados, que refulgían con luces y colores de belleza inaudita. Eran duros, tersos y suaves. Aparecían resquebrajados en muchos lugares. Y en aquellas grietas,

salpicaduras amarillas de flores grandes y vistosas o lacias hierbas rojizas ponían su nota de color exótico. La selva siempre invade los dominios que fueron suyos. Especialmente cuando el ser que se los arrebató ya no existe. Sucede siempre, y Alfa-Seis no era una excepción. Formaba parte de la Naturaleza, de la Creación misma.

Y, de repente, de una manera inesperada, Victor Krawok lo descubrió.

Estaba allí, frente a él. Con un rojo brillante, intenso, que destacaba sobre el rojo suave de la vegetación. Yacía sobre la alfombra amarilla y densa formada por la floresta bellísima de Alfa-Seis. Era «Dolly».

—¡Mire, Gurk! —llamó—. ¡La cámara fotográfica de Dorian Dark!

Gurk miró, asintiendo. Dorian no parecía interesada por ello. Miró estúpidamente a Victor y a su cámara. No le importaba cosa alguna en aquel momento. Sólo deseaba huir; huir de allí…

—Tal vez ni siquiera sabe que es suya —observó Gurk—. La amnesia es total.

—Total no. Recuerda algo: los fantasmas —miró en torno, al lugar silencioso y despierto—. En una ciudad fantasma, parece lógico que los haya. Pero todo se ve tan sereno, tan apacible, tan muerto…

Se encogió de hombros. Mientras Gurk cuidaba de Dorian, él se inclinó y tomó el estuche con la cámara fotográfica de color y relieve. La estudió. Tenía también un dispositivo para tomar fotografías a larga distancia, con mira telescópica, otra para ampliar las cosas demasiado diminutas y un sistema para captar fotografías con luz infrarroja, más allá de la banda visual del ojo humano. Aquella cámara era muy completa y eficaz.

—Veamos las fotografías que tomó —dijo Victor—. Quizá no tengo derecho a ello, pero en esas fotografías podría estar la clave de lo que le sucedió a ella…

—Es una buena idea —asintió Gurk—. Veamos lo que hay ahí. Eso no va a perjudicarla.

—¿De veras? —sonrió Victor con ironía—. Usted es un colega, un competidor…

—Oh, bueno. Tiene mi palabra de que no utilizaré eso en mi favor. No sería leal.

—De acuerdo —abrió el compartimento posterior. Tiró de la primera fotografía revelada por el sistema automático de la cámara. La contempló, intrigado—. No sé lo que es eso…

Parecía un gran dispositivo técnico y mecánico, una especie de

torre de plastmetal con grandes proyectores y un espejo cóncavo, gigantesco, en medio de un amplio valle. El paisaje, evidentemente, era de Alfa-Seis. Gurk se inclinó a examinarlo.

—Ya sé lo que es —declaró—. Se trata del Super-Congelante instalado en la zona ecuatorial de Alfa-Seis. Rigel da un calor abrasador a ciertas regiones. Hace poco, las autoridades coloniales instalaron ese supercongelante que puede hacer descender la temperatura ambiente hasta cientos de grados bajo cero, para contrarrestar las temperaturas insoportables de los lugares tórridos de Alfa-Seis. Lo vi una vez. Evidentemente le interesó a la chica para sus reportajes.

—Seguramente hizo esa foto antes de venir aquí —comentó Victor, encogiéndose de hombros. La situó en el compartimento especialmente destinado dentro de la propia cámara a guardar sin deterioro las fotografías positivadas. Tiró de otra placa—. Ésta ya es de aquí. Mire: pantanos, flores amarillas...

Gurk asintió. Pero la fotografía no poseía nada especial. Pasó con la otra. La tercera fotografía era una vista bellísima de la selva. Y la cuarta y quinta, también. Juegos de luz y color, en reproducciones que parecían la realidad misma.

—Todo magníficamente captado —se admiró Victor—. Pero nada concreto.

Dorian Dark lo miraba todo indiferente, como si ella no hubiera hecho las fotos, como si ni siquiera supiese lo que significaban. Victor tiró de la fotografía número seis. La brillante cartulina tridimensional salió como las demás.

Era la ciudad fantasma en que se hallaban. Captada maravillosamente bien. Dorian, esta vez, se estremeció y desvió los ojos. Pero encontró el original de su fotografía y optó por volver a mirar la cartulina en relieve y color, a la que señaló, trémula.

—Ahí —susurró, fija en su idea—. Es... es el infierno. Están... están «ellos»...

Krawok estudió la placa. Nada. Era la exacta imagen de lo que tenían ante sí, sólo eso. Gurk le indicó:

—Todo sigue igual. Busque otra fotografía. El indicador dice que tomó hasta siete placas normales... y una en infrarrojo.

—Sí, es cierto. Veamos si hay más suerte. Después registraremos un poco estos alrededores... aunque no creo que haya sido precisamente aquí donde llegaron los colonos perdidos. Carecería de sentido.

—Todo carece aquí de sentido —masculló Gurk entre dientes—. Veamos esa fotografía...

Victor la arrancó suavemente. La cartulina brillante surgió. Era la última fotografía normal. Nada más tocarla la luz y hacerse visible, Dorian Dark lanzó un grito terrible.

Echó a correr, desesperada. Gurk trató de alcanzará y fue derribado por la joven. Inesperadamente, ella gritó:

—¡Krawok! ¡Vámonos de aquí, pronto! ¡Huyamos! ¡Corremos peligros de muerte! ¡Ahora… ahora recuerdo! ¡Sí, yo soy Dorian, Dorian Dark… y «ellos» nos acechan! ¡Vámonos, vámonos! ¡Y no se fíe de nadie! ¡De nadie! ¡Ese hombre que le acompaña… es Gurk, el ladrón del espacio que robó el Centro de Sanidad Espacial, en Cygnus, con su compinche Mavyk… al que «ellos» han absorbido!

Todo carecía de sentido. Todo menos la acusación clara y concreta. Ahora supo Victor por qué siempre le había parecido familiar el nombre de Gurk. Era uno de los dos que, en Cygnus, robaron las drogas de la Sanidad del Espacio, huyendo después.

Cambió una mirada con Gurk. No le pareció peligroso ahora, sino más bien angustiado, temeroso de que pudieran dejarle solo allí. Victor corrió hacia Dorian y la retuvo a viva fuerza, tirando la cámara y la fotografía al suelo. Ella forcejeó, insistiendo:

—¡Déjeme, déjeme! ¡Debemos huir… debemos huir antes de que sea tarde!

—¡Escuche, Dorian, serénese! —rugió Victor—. ¡Sea quien sea Gurk, ahora debemos mantenernos unidos! ¡Si existe un peligro oculto, nos acecha a todos por igual! ¿No es eso?

—Sí… sí… La fotografía… la fotografía… ¡Mírela, Victor! Ahí está… todo…

De repente, Dorian dejó de resistir. Se desvaneció en sus brazos y quedó flácida, sin oposición. El shock había sido tan fuerte que no solo recuperó la memoria, sino que le fallaron las fuerzas y quedó inconsciente.

—Tal vez sea lo mejor —musitó Victor, depositando suavemente a la joven sobre unos fragmentos de muros cristalinos. Luego se volvió a Gurk, que esperaba con gesto de terror su reacción. Recordó que era precisamente él, y no el pillo del espacio, quien conservaba el disparador de rayos corrosivos. Gurk estaba indefenso ante él. Quizá, de otro modo, las cosas hubieran sido muy distintas. Victor habló—: No tema, Gurk. No voy a hacerle nada.

—Pero ahora ya lo sabe… —jadeó él—. Soy un ladrón, un fugitivo de la Justicia Espacial…

—Lo oí, es cierto. Creo que, si volvemos a salir de este infierno vegetal, tendré que entregarle a la Ley. Pero ahora no voy a hacer nada. Aquí sucede algo. Y si Dorian no es una histérica, sino la

muchacha serena y firme que creí conocer en el viaje, ese «algo» será realmente espeluznante. Veamos esa fotografía…

Se inclinó, recogiendo la cartulina del suelo. Gurk observó su repentina palidez y la expresión de horror que se pintaba en su rostro. Le tembló violentamente la mano que sostenía la fotografía, y cuando alzó los ojos hacia su compañero las pupilas de Krawok reflejaban un espanto comparable solamente al que viera en la mirada extraviada de Dorian al hallarla en la jungla color púrpura…

—Dios mío… —susurró Victor—. Mire aquí… Mire esto…

Gurk lo hizo. Un grito ronco e inarticulado escapó de sus labios. Lívido, miró a Victor Krawok. Señaló la fotografía con mano convulsa.

—¡Cielos! ¡Ese… ese hombre… es Mavyk, mi socio y compinche… el hombre que me hirió de una cuchillada en la selva, huyendo y dejándome a merced de los monstruos!

Ahora Krawok no preguntó nada. Ni siquiera al ser informado de que, tal y como creyera él en principio, no fue jamás el monstruo quien hirió el brazo de Gurk, sino un arma blanca manejada por mano humana.

En vez de ello, miró de nuevo la fotografía. Ahora sabía que el hombre que aparecía en ella sobre la alfombra amarilla de las flores de la ciudad perdida era Mavyk, el otro granuja espacial…

Pero lo terrible no era eso. No importaba quién fuese ni por qué estaba allí…

Lo importante, lo espantoso… era que aquel hombre que se convulsionaba sobre el florido suelo de las ruinas estaba quedándose únicamente con su piel exterior, con su epidermis, mientras el resto de su cuerpo, sus vísceras, músculos, huesos, sangre y materias, ¡eran absorbidas, chupadas por «algo», por el vacío mismo que convertía a un hombre, ante el objetivo de «Dolly», la fiel cámara de Dorian, en un simple pellejo vacío, en una funda humana espeluznante, blanda y rugosa…!

* * *

—Dios mío… Dios mío…

Era lo único que acertaba a susurrar. Aquel cuerpo arrugado, retorcido inverosímilmente, desmembrado, deshuesado, vaciado por una succión invisible que llegaba del aire, contra la que el despojo humano y aterrador, pugnaba por luchar estérilmente, como un simple insecto atraído por un aspirador gigante… causaba náuseas, horror infinito.

—¡Los «fantasmas», Krawok! —jadeó Gurk—. Son ellos… ¡Los

fantasmas!

—Los fantasmas más horribles que jamás pudo nadie imaginar... —repuso roncamente Victor—. No existe fuerza capaz, en ninguna parte de los mundos ya conocidos, de vaciar un cuerpo humano dejando como despojo solamente su piel sin nada dentro... Y ese gesto, esa expresión terrible y alucinada de su infortunado amigo...

—Santo cielo, es horroroso —asintió Gurk—. Él me abandonó... cuando estuvo seguro de que en estas junglas había riquezas, una fortuna de alguna raza extinguida... Quise retenerle y me hirió. Luego le perdí de vista. Durante horas, estuve vagando con mi herida sangrante. La desinfecté con agua rosada y traté de cauterizarla, en vano, porque no podía valerme por mí mismo... y al llegar la noche me atacó aquel monstruo. No podía defenderme. Se abrió mi herida de nuevo y sangró. Y hubiera muerto de no intervenir usted...

—Pero se salvó. Y su amigo, que pensó obtener la fortuna para él solo... halló ese fin atroz. Dorian Dark fue testigo de ello. Lo captó con su cámara...

—Y sucedió aquí —Gurk, angustiado, miró en torno—. Hemos de huir, Krawok...

—Yo no pienso hacerlo —denegó Victor, muy pálido—. He venido en busca de mis seres queridos. Si llegaron aquí... sé que nada ni nadie pudo salvarles de... de «eso». Pero, aun así, quiero saber, estar seguro, ¿entiende?

—¡Pueden atacarnos ahora a nosotros! ¡Succionarnos como a Mavyk!

—Ya lo sé. Debo correr el riesgo. Usted tome a Dorian consigo. Váyanse los dos —se echó la cámara al hombro resueltamente—. Yo seguiré buscando.

—Krawok, usted no debe arriesgarse así. Yo le debo la vida, no lo olvide. Aléjese usted con la chica. Yo buscaré a su familia, si aún está por aquí... viva o muerta.

—No sea tonto. Le agradezco su generosidad, pero no arriesgaré a nadie. Esto es cosa mía. Y olvide eso de que me debe la vida, Gurk —le sonrió animoso, tendiéndole la mano—. Ocurra lo que ocurra, amigo, usted seguirá siendo eso para mí: un amigo. Creo que, a pesar de ser un pillo, es un buen chico. Además, quien sea usted no me interesa ni es cosa mía. Gracias por todo, Gurk. Y ahora tome a Dorian consigo y apártese de esta ciudad. Tal vez sea cierto que está maldita... y los espectros de una raza feroz, ya extinguida, pueblan estas ruinas y aniquilan a los intrusos.

—Pero sus familiares no eran intrusos. Ellos fueron obligados a

venir aquí, si alguna vez vinieron.

—Sí, es cierto. Por eso voy a buscar. Aléjese, Gurk.

El granuja no contestó. Se inclinó, tomando a Dorian por la cintura con su brazo sano. Se incorporó arrastrándola consigo, alejándose lentamente de las ruinas, de vuelta a la selva que se delimitaba, densa y multicolor, en torno a la ciudad perdida de Alfa-Seis.

Victor Krawok se quedaba solo. Solo con los fantasmas…

CAPÍTULO IX
HALLAZGO



VANZÓ. Como si él mismo fuese un fantasma...

Paso a paso, lentamente. Iba escudriñando, registrando cada palmo del terreno herboso, salpicado de ruinas... Pisoteaba insensiblemente las grandes flores amarillas de corola azul. La belleza ya no tenía objeto para él.

Estaba buscando. Buscando un rastro, un indicio...

Con la fotografía de Dorian en una mano, buscó las ruinas allí reflejadas, el punto exacto donde Mavyk, el rufián del espacio, sufrió su horrenda suerte. Era fácil localizar el sitio. Un edificio esférico, resquebrajado, una frondosa mata de flores amarillas en forma de triángulo lo señalaban claramente.

Llegó allí. Se inclinó. Un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando el pie se le enredó en algo. Algo lacio, fofo... Como, un globo deshinchado. Pero no era un globo. Había sido un hombre.

Ahora... solamente era piel. Una piel vacía, alargada, informe, rugosa, de color grisáceo... Sin facciones, como una máscara aplastada. Sin ojos, sin nada. Solamente piel. Y una mata de cabello gris. Miró la fotografía. Mavyk tenía el pelo gris. No había dudas.

Era horripilante. La fotografía de Dorian había captado todo el horror del suceso increíble. Y aquello que yacía a sus pies era lo que quedaba de Mavyk.

Siguió adelante. Pero no por mucho trecho.

Los ojos se le abrieron desmesuradamente. Tuvo que humedecerse los labios, resecos y agrietados. Un frío extraño y sutil se apoderaba de él. El sudor goteaba de tal forma por su rostro que caía copiosamente al suelo, entre las hierbas y flores a sus pies.

Había más, muchas más. Pieles humanas todas. Un montón informe de tiras rugosas, grisáceas y horribles. Esta vez no había dudas.

Les había hallado. Aquellos eran los colonos. Lo habían sido antes de sufrir la espantosa absorción. Se inclinó. Contempló los cuerpos. Había formas más breves, quizás de mujeres. Y aún más breves. Niños...

Era nauseabundo, espantoso. Creía no tener fuerzas para soportarlo. Pero aquellas jornadas angustiosas en Alfa-Seis le habían dado energías y firmeza para resistir muchas cosas, por alucinantes que fueran. Y esta lo era más que ninguna otra imaginada.

Un sollozo se quebró en su garganta cuando descubrió, entre las pieles humanas vaciadas, una con una amplia cabellera dorada. No lejos de allí había un clip de oro con tres rubíes en cruz. Conocía bien esa cabellera color oro, ese clip…

—Helen… —musitó—. ¡Dios mío, Helen…! ¡Tú!…

Se incorporó, vacilante, con el rostro color ceniciento. Ya no había dudas. Y si Helen estaba allí… Eric, su hijo, no estaría lejos tampoco. Sería uno de aquellos pobres residuos humanos, una simple piel sin nada dentro. Succionado como los demás por aquella fuerza diabólica y atroz que nadie podía ver, ni siquiera un objetivo fotográfico…

No vio su rubita cabeza, sus cortos pelitos dorados tal y como los viera en la telefoto que Helen le transmitió desde la Expedición Mil Cuarenta y Seis, cuando ambas se hallaban en vuelo espacial. Pero ni siquiera quería buscar ya mucho. No, no tendría fuerzas para ello. Primero Helen… y luego su propio hijo, el pequeño Eric, su mayor ilusión en la vida.

—Maldito sea Keller… —rugió, irguiéndose furiosamente como una Némesis implacable—. Si alguna vez vuelvo a Centrópolis… ¡le mataré! ¡Cumpliré mi promesa, si vivo para ello! Él tuvo la culpa… Él solamente, por enviar aquí a mis familiares… ¡Le mataré! Lo juro…

Como un sonámbulo, se movió sin rumbo fijo. Se dejó caer entre unos fragmentos de la piedra cristalina que formara la gran ciudad extinguida. Sollozó, lloró abiertamente, vencido por el dolor de su drama. Era su momento de gran debilidad y no quería contenerse.

Ya nada le importaba. Ni siquiera morir, ser absorbido como ellos por aquella horrenda fuerza, por aquellos fantasmas devoradores que debían de acechar, ocultos en alguna parte, más allá de donde la vista alcanzaba… quizá en otra dimensión física…

Era extraño, pero aun cuando se detuvo le parecía seguir oyendo su llanto, sus rotos sollozos, muy débiles en la distancia. Como un eco lejano, repetido por las paredes milenarias de la fantástica urbe muerta…

Se movió, empezando a incorporarse de nuevo. El eco continuaba, el llanto seguía resonando en sus oídos en medio del silencio. Escuchó mejor.

No. Aquello no era un eco. Era llanto. Llanto real, auténtico… Y

no venía de muy lejos. Miró al límite de la selva. Vio allí a Gurk, inclinado sobre Dorian, que parecía rehacerse. Ninguno de ellos emitía aquel sonido. Había alguien más que lloraba. En la ciudad muerta...

Frenético, se movió buscando en torno suyo. Se aproximó más y más al lugar donde le parecía oír aquel débil llanto. Pero luego se alejó, sin encontrarlo.

¿Sería también un sonido llegado de «más allá» de lo real? Un llanto de fantasmas...

No. No podía serlo. Era humano, casi infantil. Y seguía sonando en alguna parte...

Volvió a buscar. Deteniéndose esta vez aquí y allá, aguzando el oído. De repente, se paró en seco junto a un montículo de fragmentos de roca vidriosa. Era allí. Allí sonaba más fuerte que en parte alguna. Miró las rocas. Podía haber alguien debajo de esas rocas. Pero, de haberlo, no podría llorar. Moriría asfixiado.

Sus ojos siguieron buscando. De súbito, se detuvieron en un punto determinado una grieta en el suelo, no lejos del hacinamiento de ruinas. La grieta era ancha y aparecía bordeada de flores amarillas y de hierbajos. Avanzó rápido. El llanto aumentó en intensidad.

El corazón le latía violentamente. Aquel llanto tenía algo extraño, algo lacerante y a la vez estremecedor para él. Se inclinó sobre la grieta. De ella surgía una helada brisa, algo así como una bocanada glacial. Recordó la latitud en que se hallaba. Posiblemente, había allí corrientes subterráneas, de aguas congeladas, de hielos eternos. Tembló, pero no por ello se movió del borde de la grieta. Miró hacia abajo, a las sombras. Llamó:

—¿Hay alguien? ¡Conteste! ¿Hay alguien ahí?

El llanto aumentó. Y una palabra, balbuceada por una débil garganta, sacudió con su impacto emotivo a Victor Krawok:

—So...co...rro...

¡Había alguien con vida! Alguien humano, real. A no ser que fuese una infernal añagaza de los siniestros trasgos de la ciudad perdida de Alfa-Seis... Y no creía en eso.

—¡Ya voy, ya voy! —gritó, impulsivo.

Podía ver confusamente al fondo de la grieta. Ésta era muy profunda, pero parecía formar un saliente no lejos de su boca y allí se rebullía alguien, entre sombras. Las paredes del socavón ofrecían irregularidades, escalones naturales formados por la rotura del pavimento de la antigua ciudad.

Victor Krawok se decidió. Gurk se había vuelto hacia él y le

hacía gestos de que volviera. Victor contestó con otros señalando la grieta. Dorian, que se había recuperado, poniéndose en pie, le señalaba algo también, le mostraba la ciudad y le pedía que volviese.

Victor no hizo caso a ninguno. Se introdujo en la grieta mientras el llanto, más desesperado ahora, le atraía como un imán. Comenzó a descender, entre tinieblas, por muros que tenían el frío brillo del hielo o del cristal. Se estremeció, sacudido por una temperatura glacial. Pero todo eso no le preocupaba ahora. Había algo más importante que hacer...

La voz repitió, muy débil, llegando ya de muy cerca de donde él se hallaba:

—Socorro... Sáquenme de aquí, Dios mío...

Victor Krawok tembló de nuevo, y ahora no era el frío. Aquella voz...

Saltó. Sus pies tocaron el saliente de la sima. Se aferró al muro para no caer al fondo. De haber ocurrido esto, todo se hubiera perdido. La grieta debía de tener cientos de metros de profundidad. El aire helado que subía de ella revelaba una sima glacial, mortífera...

Algo, un cuerpecillo aterido, una forma viva envuelta en algo recio, una manta o una piel, se acurrucó confiadamente contra él. La voz débil e infantil, musitó:

—Sáqueme de aquí, señor... Por favor... Tengo miedo... Mucho miedo...

Lo tomó contra sí. Convulso, febril. Era un niño. Sin querer, recordó al suyo. Dolorosamente. Intensamente. Le oía llorar, sentía los estremecimientos del cuerpecillo milagrosamente vivo, y una patética emoción se apoderaba de él.

—Vamos, vamos, ten calma, pequeño —susurró—. Vamos a ir arriba. Ya te llevo conmigo, no temas nada... Estás salvado. Definitivamente salvado... ¿Cómo te llamas?

—E...Eric, señor —respondió la criatura—. Eric Krawok...

* * *

¡Eric!

Le oprimió contra sí, sin saber lo que sucedía, convulso y emocionado, sacudido por mil diversas y encontradas emociones. Gritaba ronca y quebradamente:

—¡Eric! ¡Eric, hijo mío! ¡Tú... eres tú...! ¡Entre todos... tuviste que ser tú! ¡Dios sea loado; gracias, Señor!

Le besaba, le estrujaba. El niño comprendió pronto. Su instinto,

su corazón, le dijeron la verdad presentida. Se abrazó al cuello de su salvador y musitó:

—Papá... Has venido... a por mí... Papá... eres tú...

Victor lloraba y reía. Incluso hubiera olvidado el lugar donde estaban de no ser por el intenso frío reinante y lo peligroso del resbaladizo saliente. Rehaciéndose con dificultad, dijo firmemente:

—Vamos, hijo... Vamos a subir... Y a marcharnos para siempre de este maldito lugar...

—Sí, papá... ¿Y mamá? ¿No va a venir?

—No, hijo. Tu madre no vendrá nunca. Has de tener valor. Ella... ella se sacrificó. Quizá por librarte a ti...

Eric lloraba de nuevo. Victor comprendía su dolor. No dijo más. Empezó a subir con él a un brazo, aferrado a su cuello. Dificultosamente, llegó arriba. Emergió de nuevo a la luz azul del día...

Gurk y Dorian, allá en los límites de la ciudad, le hacían gestos frenéticos. Krawok echó a correr en dirección a ellos. Ahora con Eric sobre sí. Ya nada tenía que hacer en la ciudad muerta.

Eric había aparecido. Y Helen también... La razón de su odisea estaba alcanzada. Y milagrosamente, cuando todo parecía perdido, Dios le devolvía a su ser querido: su pequeño Eric, salvado del horror...

Gurk corrió a su encuentro, con expresión radiante. Dorian Dark presenciaba la escena, entre sorprendida y emocionada. Ya parecía muy rehecha de su anterior crisis.

Y, de súbito, Victor Krawok experimentó la escalofriante y atroz sensación. Un ramalazo de horror le caló hasta los huesos. Se paró en seco. No es porque quisiera pararse.

Algo le obligaba a hacerlo.

Un calor ardiente, una sensación sofocante y terrible se apoderaba de él. Se sentía atraído hacia el vacío, hacia el aire mismo, con una dolorosa convulsión en todo su cuerpo. Parecía como si sus miembros y su cuerpo todo pugnaran por quebrarse, por volar, por ir al encuentro de algo invisible, de algo que parecía no existir... Pero que existía, que estaba allí...

¡Que empezaba a succionarles a él y al pequeño Eric!

—¡Dios mío, no! —jadeó, trémulo de horror—. ¡Eric no...!

—¡Krawok! —aulló Gurk—. ¡Krawok! ¿Qué le ocurre?

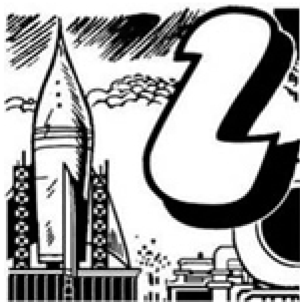
—¡No, Gurk! —chilló—. ¡El niño! ¡Salve al niño! ¡Es... es esa cosa! ¡Me atrae... Me succiona inevitablemente!...

Dorian Dark lanzó un grito terrible, alucinado, desde su puesto de testigo de la espantosa escena.

Ella sabía... sabía que aquello era el principio.

Y después... Victor Krawok y el niño serían absorbidos, chupados por la energía diabólica de aquel aire siniestro y mortal...

CAPÍTULO X
EL HORROR



OS momentos que siguieron, fueron confusos, turbios… trascendentales para Victor Krawok, para Eric… para Gurk y para Dorian.

Victor Krawok supo lo que era sentirse en el filo mismo de un horror insospechado, de algo que estaba más allá de la vida y de la muerte, de una nueva forma de extinguirse, de perecer sólo Dios sabe a manos de qué horrenda materia, forma y energía…

Le horrorizaba pensarlo.

Algo, alguien tiraba de sí, de su cuerpo. Le dolían los huesos, latían sus sienes, vibraba todo él bajo el influjo de aquel tenso y electrizante imán invisible. Sabía que, de un momento a otro, se rompería en fragmentos, se diluiría, su ser entero volaría de dentro de su envoltura física, la piel quedaría sola, succionada por el horror situado más allá de lo visible.

Eric lloraba, angustiado. Él debía de sentir también el alucinante tirón llegado de las tinieblas, de la luz… o de donde fuese. Ambos se hallaban al borde del fin. El fin más terrorífico y espeluznante de todos los que podían imaginarse…

—¡Eric… hijo! —gritó roncamente, en un intenso final por seguir corriendo, por eludir el contacto absorbente, devastador, ávido, que llegaba del vacío en torno suyo.

Eric se abrazó a él con más fuerza. Entonces, Gurk llegó a su altura. Hizo algo. Algo titánico, desesperado…

Le arrancó a Eric de los brazos y le tiró lejos, sobre la alfombra de espesura y de hierbas rojas… Luego saltó sobre Victor Krawok, le, golpeó con dureza y Victor se abatió, martilleado en pleno rostro, incapaz de resistir, de defenderse, de luchar…

Luego, Gurk saltó ante Victor, hacia el punto de donde llegaba la succión, hacia donde había visto volar materialmente los cabellos del joven, erizados por la atracción invisible…

Lo que sucedió después fue estremecedor. Como lo había sido la experiencia terrible de Victor un momento antes, en el mismo filo

del desastre del que le libró la providencial ayuda de Gurk.

El alarido de Gurk coincidió con el intento de Victor por incorporarse. Ahora era Gurk quien, cruzándose en el camino invisible del extraño enemigo, empezaba a distorsionarse, a diluirse, a ser virtualmente estirado por la fuerza oculta...

—¡Fuera, Krawok! —aulló, convulso, inmovilizado por aquel poder diabólico y atroz—. ¡Fuera, márchese de aquí...! ¡Salve a su hijo, por Dios...!

Quizá Krawok no se hubiera marchado. Incluso hubiese intentado ayudar al noble Gurk, que todo lo sacrificaba en su favor, borrando así todos sus posibles y lejanos yerros en la vida. Recordó a Eric. Tomó fuerzas sin saber de dónde... Se irguió, corrió agazapado sin sentir nada sobre sí y alcanzó al caído y lloroso Eric. Le alzó en sus brazos, se lanzó en una carrera vertiginosa, agotadora, casi a trompicones, sin volver siquiera la cabeza, mientras Gurk gritaba más y más, quizá desarticulado, despedazado, absorbido por el enemigo fantasmal...

Cuando llegó al límite de la ciudad, alcanzó la densa jungla y se derrumbó de bruces a los pies de Dorian Dark, que se apresuró a estirar sus femeninas manos tomando a Eric amorosa y suavemente.

—Él... él es quien cuenta ahora, Dorian... —musitó Victor Krawok, roncamente—. Sálvelo, sálvelo

—Los dos parecen estar a salvo —musitó Dorian, estremecida—. Gracias a Dios, Krawok...

—¿Y Gurk?...

—El pobre diablo... Mire... Ya no queda nada de él...

Victor se volvió. Clavó los ojos en la ciudad fantasmal, muerta, silenciosa. Era verdad. No quedaba nada de él. De ignorar su terrible suerte, ni siquiera aquella piel vacilante, rugosa, reptando aún sobre las piedras cristalinas, hubiera sido visible. Pero él la vio. Y supo que un hombre, un auténtico hombre había pagado su tributo por una deuda de gratitud. Con la mejor manera humana de pagarla. De un modo que Victor siempre se lo agradecería hasta morir... Salvando a su hijo Eric, ya que su propia vida poco significaba...

—Dios te bendiga y te dé el premio que mereciste, Gurk —susurró—. Gracias... amigo.

—Fue un gran hombre —asintió Dorian—. No importa lo que antes fuese. Todo lo dio por usted... por el niño... Es Eric, su hijo, ¿verdad?

—Sí... Es como un milagro, Dorian.

—Un milagro... —ella miró por encima de sí, al cielo azul

radiante—. Dios está presente en todas partes. El Universo es Suyo, a fin de cuentas…

—Vamos, hay que alejarse de aquí —susurró Victor—. Es necesario irse…

—Sí, Victor, vamos ya. Pero no hay peligro en la selva. Aquí parecemos estar a salvo de ese horror —Dorian sonrió tristemente, besando la ardorosa piel del lloroso Eric.

—¿A salvo? ¿Por qué lo cree?

—Usted… usted extrajo todas las fotos normales de «Dolly». Pero olvidó que hice una con luz infrarroja. Yo la había extraído ya. Y es la que, unida al shock que sufrí al ver morir al compinche de Gurk… me hizo perder la noción de todo y sufrir la amnesia…

—Dorian, ¿hay otra fotografía…?

—Sí, Ella capta la zona invisible para el ojo humano, la gama infrarroja de la luz… Está ahí, en el compartimento de fotos reveladas. Usted no la vio, pero está ahí… Búsquela y sabrá la verdad… La única, la terrible verdad. Conocerá a los fantasmas de Alfa-Seis…

Victor la estudió, asombrado. Aquella noticia le venía por sorpresa. Una sorpresa más después de tantas, otras… Recordó que llevaba la cámara en bandolera. La tomó, con manos febriles, ante el silencio hermético y siniestro de la ciudad en ruinas.

Buscó casi rabiosamente. Tiró las fotografías en relieve y color, que Dorian fue tomando con presteza. Finalmente… emergió una cartulina de fotografía plana, bidimensional en un único tono rojizo… Una límpida fotografía, captada por el ojo de luz infrarroja de la excelente y fiel «Dolly». Dorian tuvo razón. Su leal amiga, la cámara fotográfica, había cumplido sobradamente su objetivo. Allí les daba su solución al gran enigma, a la incógnita alucinante de Alfa-Seis…

—Dios mío… ¿Era esto? —susurró Victor, estremecido.

—Sí, Krawok —asintió Dorian—. Un peligro terrible. Un devorador atroz, espantoso, colectivo, pero organizado en masa… Un fantasma que no es tal. Pero que quizá lo es más aún para nosotros, los humanos, de tan limitados sentidos corporales. La visión no nos alcanzaba a verlo. Está en el campo infrarrojo. Lo sospeché al ver que aquel pillo era absorbido por algo que no captaban mis pupilas: Y conecté la luz infrarroja en la placa. Lo logré, Krawok, lo logré… El peligro está ahí…

Victor asintió. Sí. Estaba allí, ante sus ojos dilatados.

Una especie de lenguas de gas, de formas borrosas, turbias, abalanzándose sobre Mavyk, el socio y compinche de Gurk,

absorbiéndole, succionando todo su ser con desprecio absoluto de su piel. Incluso sus ropas, sus objetos, todo él, excepto la epidermis rugosa, que luego quedaría como única piltrafa del cuerpo desgajado y devorado por aquella legión dantesca de formas borrosas, culebreantes, gaseosas, voraces…

Formas que emergían, que fluían como un vapor invisible, succionante… Precisamente de las flores amarillas que todo lo alfombraban con la belleza de sus formas y colores…

* * *

—¡Eh, mirad! —gritó el policía de la Fuerza Especial Planetaria, volviéndose bruscamente.

—¡Viene gente! —añadió otro, perteneciente al Ejército del Espacio, Sección Colonial—. ¡Son un hombre, una mujer… y un niño!

—Quizá sean colonos supervivientes… —añadió otro de los hombres uniformados que ocupaban el Bloque A-30 de los Colonizadores de los Pantanos—. Vienen extenuados, maltrechos.

Varios corrieron hacia ellos. Un turbocar del servicio de urgencia sanitaria también arrancó, haciendo ulular su sirena, en dirección hacia los recién llegados, que acababan de surgir entre los pantanos, tambaleantes y agotados.

—¡Pronto, desalojen esto! —gritó el hombre, al verse rodeado de hombres uniformados—. ¡Estamos en peligro! ¡Todos estamos en peligro! ¡Esas flores…!

—Debe de delirar —añadió uno de los militares, cambiando una mirada con los otros—. Habla de peligros y de flores. Están extenuados…

—¡No, eso es cierto! —gimió ella, agitando su roja cabellera al mover la cabeza con energía—. ¡Esas floras amarillas…! ¡Son la muerte, el horror, la exterminación total para Alfa-Seis!… Ellas debieron de destruir a la civilización de este planeta… ¡Son flores vivas e inteligentes…! ¡Absorben todo lo que consideran peligroso para su supervivencia!

—Evidentemente, todos están locos —señaló un agente—. Vamos, internadles enseguida.

—¡Esperen! —rugió Victor Krawok, lívido y tembloroso. Aferró al policía que le había recogido y que le miraba compasivo—. ¡No hagan eso! Escúchenme primero, por Dios…

—Bien, hable, amigo —suspiró paciente el policía.

Krawok lo hizo. Lo expuso todo rápidamente y mostró las,

fotografías. La incredulidad inicial fue dando paso a un creciente asombro, a un temor colectivo. Los policías se miraban todos entre sí con vivo estupor. El estupor se convirtió en pánico al ver las fotografías.

—¡Habrá que destruir primero las flores amarillas! —señaló un médico de la Policía Espacial tras breve meditación—. Estas fotos son correctas, reales. Esas flores deben de tener aquí una influencia moderada, que se limita a hipnotizar o adormecer a los seres humanos. Luego, bajo esa influencia, como autómatas son conducidos a donde esperan las flores en masa, las auténticas devoradoras... Es esa ciudad perdida lo que pudiéramos llamar el punto-clave. Y allí son devorados los cuerpos, vaciadas las pieles humanas de todo su contenido vivo... ¡Es horrendo, muchachos! ¡Vamos, exterminen a las flores amarillas!

Pero, de súbito, un policía señaló con horror:

—¡Imposible, señor! ¡Esas flores hacen algo más que hipnotizar y destruir! ¡Piensan y escuchan!

—¿Eh? —aulló el médico, desconcertado—. ¡Eso no puede ser!

Victor Krawok, Dorian Dark y Eric miraron hacia las flores amarillas que bordeaban todos los pantanos, los bloques residenciales, absolutamente todo en la zona a donde habían logrado volver tras unas jornadas angustiosas de regreso a través de la Selva Púrpura...

Era cierto. Los policías, los soldados, absolutamente todos los que se hallaban cerca, parecían ahora hipnotizados, rígidos y como dormidos. Y avanzaban en legión, igual que una masa de autómatas... En dirección al nor-noroeste. ¡Hacia la Selva Púrpura!

—¡Oh, no! —gimió Victor, horrorizado—. ¡Esas flores, Dorian...! ¡Esas flores... están defendiéndose! ¡Y saben que la mejor defensa es atacar! ¡Nos dormirán a todos, nos dominarán con sus influjos extraterrenos... y nos llevarán de nuevo a la ciudad muerta... a nuestras tumbas!

Dorian se había abrazado a él, frenética. Victor la tomó consigo. Cargó con Eric, con ella y siguió su carrera, desasiéndose como un loco de policías, soldados y médicos. Lo que resultó más terrible y más alucinante es que todos ellos, en vez de acosarle y tratar de reducirle, echaron a correr huyeron en desbandada, siguiendo su propio camino de fuga.

Era un éxodo. Un éxodo que dejaba atrás a cientos de hombres, policías, soldados y médicos camino de su seguro exterminio, más allá de la jungla... donde de nuevo crecían y se multiplicaban las maléficas flores amarillas, el horror viviente oculto bajo su

inofensivo y bello aspecto vegetal en el suelo de Alfa-Seis...

Los que aún estaban conscientes y dueños de sus actos, huían a la desesperada, ponían entre sí y el peligro mortal la mayor distancia posible...

El éxodo alucinante empezaba. Y Victor Krawok, Dorian Dark y el pequeño Eric eran sus iniciadores, los que huían en cabeza. La derrota de la especie humana ante el temible adversario vegetal poblado de fantasmas infrarrojos, capaces de adormecer y de dirigir las mentes de sus futuras víctimas llevándolas al espantoso festín de la ciudad muerta, era ya un hecho, una tremenda y espeluznante realidad contra la que no existía forma alguna de luchar ni de oponerse...

Era el fin de todos. Y Victor Krawok lo sabía. Pero, a pesar de ello, seguía huyendo. No pensaba en sí mismo, no pensaba en nadie sino en Eric, su hijo... Y en la desventurada Dorian, a la que debía el hallazgo del horror. Tenía que salvarles a ellos, ya que no le fue posible salvar a Helen. Luego, si él perecía, poca importancia tendría eso ya estando ellos a salvo, libres de la pesadilla abominable y horrenda...

CAPÍTULO XI
LA SOLUCIÓN SUPREMA



L superintendente de Colonización en Centrópolis, Keller, detuvo su turbocar supersónico, asombrado por lo que veía ante sí...

—¡Cielos! ¿Qué sucede? —aulló, saltando al suelo—. ¿Es que todos se han vuelto locos?

Sus dos hombres armados de escolta también saltaron del vehículo, asustados por el cariz extraño e inquietante de lo que veían ante sí.

—¡Son cientos de hombres en fuga! —gritó uno—. ¡Y al frente van un hombre, una mujer... y un niño!

—¡Malditos! ¡Ese hombre es Victor Krawok! ¡Ese condenado quiere revolucionarlo todo! ¡Sí, quizás es un motín, una revuelta contra mí! ¡Tomad precauciones, muchachos!

—Pero señor, la mayoría son soldados, policías como nosotros —argumentó uno, muy pálido—. Obran como dementes... Pisotean las flores... Esas bellas flores amarillas de los senderos...

—Debí imaginarlo. Ese loco les ha trastornado a todos —silabeó Keller, rabioso—. No debí acudir al SOS del Bloque A-30. Es un truco. Un maldito truco para vengarse de mí... ¡Vamos, volved al turbocar! ¡Nos marchamos de aquí! Pero no sin saber antes lo que se propone Krawok...

Se detuvieron, rodeando el turbocar. Keller contempló estupefacto los gestos de demencia de los hombres que huían. Su forma de pisotear las plantas amarillas, sus gritos, sus miradas atrás, enloquecidas... Todo hablaba de una psicosis inexplicable, colectiva, que les arrastraba a un caos, a un desastre cierto...

—¡Alto! —rugió Keller, adelantándose cuando les tuvo cerca—. ¡Alto todos! ¡No os mováis de ahí, malditos seáis! ¡Krawok, explíqueme lo que se propone con esto! ¡Si ha planeado un motín o una revuelta, lo pagará muy caro! ¡Yo cuidaré de que así sea...!

Se adelantó armado para cerrar el paso a la multitud enfurecida que huía, que se alejaba del horror vegetal que les acechaba por doquier, allí donde creciese una planta amarilla. Muchos de ellos se detenían y comenzaban a retroceder como autómatas, tomaban otro

rumbo... Así se iba reduciendo la masa de fugitivos. Y Keller creía que eran desertores del motín, gente que no quería unirse a la revuelta capitaneada por el rebelde Krawok...

—¡Apártese, Keller! —aulló Krawok —. ¡No vuelva a mezclarse en mi camino! ¡Usted tuvo la culpa de todo! ¡Helen murió por su culpa! Solamente salvé a mi hijo... ¡Y no consentiré que usted sea el que ahora le ponga nuevamente en peligro, rata asquerosa! ¡Fuera!

—¡Krawok, no se saldrá con la suya! ¡No pasará de ahí!

—Pasaré. Aunque sea por encima de usted, Keller. Juré matarle, pero creo que le he perdonado pese a sus faltas. Sin embargo, crúcese de nuevo en mi camino y será hombre muerto.

—¡El Tribunal Interplanetario le juzgará por rebeldía, Krawok!

—Escuche, imbécil. ¡No hay ningún tribunal más que el de Dios capaz de juzgar a los muertos! ¡Y así es como terminaremos todos, si no aniquilamos de una vez por todas a esas flores malditas... esas portadoras de la muerte más horrible que jamás se conoció... de algo que quizá ni siquiera es la muerte, sino algo mil veces peor!

Keller cometió el error de no creer a Victor, de no fiarse del colectivo pánico de la gente que huía. Se cruzó ante Victor y alzó su arma contra él, resuelto a todo...

Krawok saltó como un tigre sobre él. Antes, Eric había pasado a los brazos de la extenuada Dorian. Victor cayó encima de su enemigo cuando el arma de éste se disparaba hacia la altura. Su rayo paralizante hubiese frenado en seco a Krawok, reduciéndole a una total inmovilidad... que significaba el fin en aquel éxodo angustioso y terrible...

Victor le machacó brutalmente el rostro a golpes directos, rudos, violentos. Keller gimió, pugnando por defenderse. Pero, una vez más, Krawok le derrotó en toda la línea. Keller rodó por el suelo, incapaz de detener a la furia humana que era Victor Krawok...

Luego, la masa de gente enloquecida siguió adelante y continuó su fuga... Los guardias al servicio de Keller cometieron el error de quedarse allí para atender a su jefe, se inclinaron sobre él...

Lo último que de Keller pudo ver Victor Krawok, al volverse hacia él, fue su figura erguida, como hipnotizada, dirigiéndose directamente a un remoto final, atraído por fuerzas infernales y terribles que dominaban su mente... lo mismo que la de sus dos guardas armados, tan autómatas como él mismo.

—Dios mío, y no puedo hacer nada por él... —susurró Victor—. Keller ya ha encontrado su justo castigo. El mismo fin de Helen... le está reservado a él al final de su camino.

Dorian le miró, angustiada. La fuga seguía, seguía inexorable.

Una ciudad estaba cerca. Quizás era otro bloque colonial. Si todos habían perecido allí, el éxodo continuaría.

Si no... serían cientos más de personas a unirse a aquel grupo enloquecido, que huía en vano de un peligro fantasmal y alucinante que estaba en todas partes, que invadía por completo, invisible y tremendo, la extensión del pequeño planeta de Orión...

* * *

Sí...

Esos son los Fantasmas que nos persiguen, que nos acosan... que están en todas partes...

Yo sé que no hay escapatoria, que no existe solución...

Pero hay que intentarlo. Intentarlo todo. Seguir huyendo, huyendo siempre...

Somos una masa densa, aterrorizada, vencida por la angustia de nuestro fin inevitable. Dos Colonias dispersas se han unido ya a nosotros. Mujeres, niños, ancianos... Muchos se quedan por el camino. Caen extenuados o son vencidos por la ofensiva general de las flores. Que, como dijo aquel policía en el Bloque A-30, no sólo viven, sino que piensan y luchan contra nosotros...

Por eso nos acorralan, nos acosan... Su gas invisible e infrarrojo brota demoledor, absorbente... Adormece los cerebros, se lleva a las gentes formando una silenciosa y terrible legión de espectros sin ideas propias, dócilmente, rumbo a la Selva Púrpura, a la ciudad muerta de Alfa-Seis donde sin duda se nutren las flores que poseen la mayor fuerza vital... de donde surge la paulatina invasión hacia todo, el planeta. Su semilla se esparce, lo invade todo.

El peligro, el Gran Peligro... lo teníamos ahí, ante nosotros. Y no éramos capaces de verlo.

Tuvo que ser una cámara fotográfica, la cámara de Dorian Dark, la reportera pelirroja de Cosmovisión, la que en un puñado de fotografías, la mayor parte de ellas sin valor, la que nos diese la clave, la razón de todo este caos horripilante...

Me detengo de súbito. Miro al cielo, sobre mi cabeza. No sé... Quizá la inspiración ha llegado de allí. Dios os ha hablado, tal vez. Y yo... yo le he oído...

La cámara... Las fotografías... Eric en una grieta...

Son ideas dispersas, sí. Pero mi mente las ha unido, iluminado por algo... algo que llegó del cielo mismo...

Y parecen apuntar una solución... ¡Una solución! ¡Dios mío, si fuera cierto! Si fuera cierto...

Pero, si no lo es, hay que intentarlo al menos. Es una razón que

casi resulta lógica. De una lógica aplastante… Acaso la única forma real y tangible de terminar con el horror que nos cerca.

Y si, después de todo, no lo es; si nada sucede… habrá valido la pena quemar el último cartucho, jugar el último triunfo… antes de ir hacia esa muerte informe que acaso ni siquiera es morir… sino pasar a otra dimensión, a otra angustiosa y abominable dimensión de horrores y de angustias sin fin…

Es preciso… ¡Es preciso intentarlo!

* * *

Y la solución, la gran idea… resultó.

Victor Krawok acertó. Acaso Dios mismo le iluminó en aquel momento. La fiel «Dolly», la cámara de Dorian Dark, le dio la idea. Pero hubo algo más que influyó, que metió la idea en su mente confusa y desesperada.

La Gran Solución… fue un éxito.

Y así perecieron los Fantasmas de Alfa-Seis…

CONCLUSIÓN

—¿Se encuentra mejor, Krawok?

Victor parpadeó. La luz blanca y los muros lechosos hirieron sus ojos. Volvió a cerrarlos. Cuando los abrió de nuevo fue mucho más cauto. Miró en torno y sonrió a los presentes...

—Dios mío... —musitó—. ¿Estoy... estoy bien?

—Sí, amigo mío. Está bien... —sonrió el médico inclinado sobre él.

—Pero... ¿pero y mi hijo... y Dorian Dark? —indagó, anhelante.

El médico dijo:

—Todos están bien, no sufra. Usted les salvó. A ellos, a los demás... y a todos nosotros. Usted salvó a Alfa-Seis en pleno. A todas las Colonias. La muerte estaba sobre todos nosotros. Ya había flores amarillas incluso en los jardines particulares, en las macetas de las casas... La invasión era total, perfecta. Esas flores eran muy inteligentes y astutas, Krawok.

—Los fantasmas... ¡Los «fantasmas» de Alfa-Seis... simples flores! —sonrió, meneando la cabeza con estupor—. Dios mío... Dios mío, gracias... Él me iluminó en aquel momento...

—Sí, no cabe duda —aceptó el médico—. Pedir el Super-Congelante en aquel momento y sugerir que trabajase a toda potencia... fue un acierto. Claro que costará meses el derretir la costra de hielo que rodea casi todo el planeta...

El médico tiritó al hablar de esto. Y añadió, sonriente:

—Pero ese hielo, esa bajísima temperatura heló las raíces y semillas, congeló los vegetales... Usted atinó con la solución. Ahora son diez Super-Congelantes los que actúan sobre la ciudad muerta, sobre los lugares más nutridos de flores amarillas... Han perecido, pero los Servicios de Seguridad quieren estar plenamente seguros... ¡aunque todos muramos de pulmonía! Evidentemente, será más dulce morir así que devorados por espectros de gas invisible surgido de la corola de esas malditas flores vivientes...

—Sin duda, doctor... —Victor se estremeció al recordar su experiencia al borde de las temibles fauces invisibles que estuvieron a punto de devorarle—. Todo es preferible a... a «aquello»...

Y suspiró, feliz, dejando caer su cabeza sobre la almohada.

* * *

—Victor, ¿cómo supiste... cómo pudiste saber que aquel Super-Congelante nos salvaría?

Krawok contempló a Dorian Dark, que escribía su gran reportaje

para la televisión. Sonrió tristemente.

—Tu fiel «Dolly» me dio la clave, Dorian. En realidad, tú salvaste a Alfa-Seis.

—¿Yo? —ella parpadeó, asombrada—. ¿Estás seguro, Victor?

—Claro. «Dolly» fotografió el Super-Congelante. Y me dio la idea. El hielo es el gran enemigo de toda planta tropical. En aquellas regiones hacía mucho calor. Y el aliento del gas era cálido, ardiente casi... El hielo tenía que destruirle, en buena lógica. Después, recordé cómo se salvó Eric... Estaba en una grieta. Pero las flores hubieran acudido a él... de no estar a tan baja temperatura. Helaba allí dentro... y no había ni una flor. Sólo algunas, mustias y agonizantes en sus bordes. Era otra clave. Decidí pedir el Super-Congelante.

—Y se utilizó con urgencia. Y triunfó —dijo ella, con una sonrisa —. Creo que va a ser el mejor reportaje de mi vida.

—Lo celebro, Dorian —sonrió Victor, débilmente.

—Ah, ¿y sabes una cosa? Eric... me ha emocionado mucho...

—¿Por qué?

—Me ha llamado... me ha llamado madre. Dice que soy tan bonita como ella. Y tan buena.

—Dorian, es maravilloso que él diga eso. Si alguna vez quisieras ser realmente su... su madre... no te olvides de decírmelo.

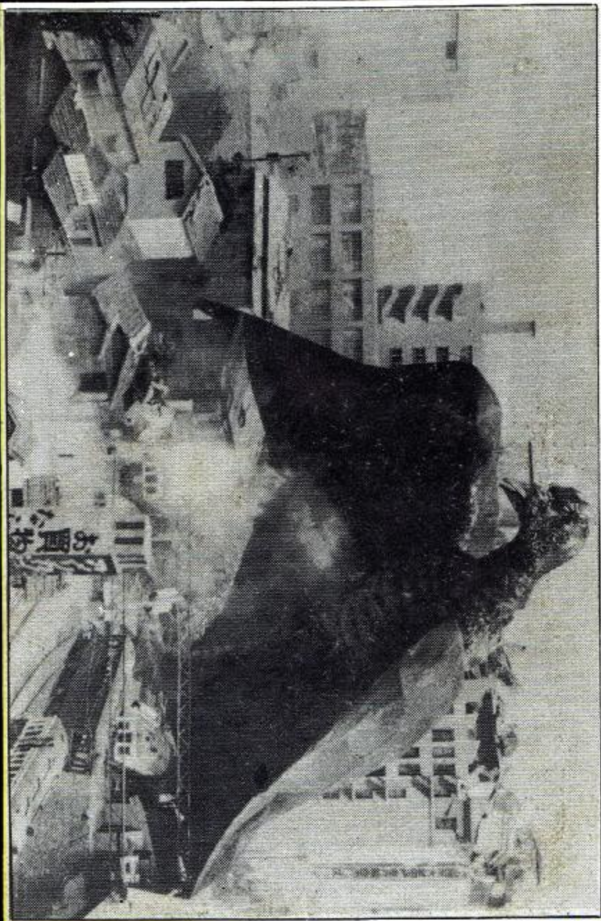
—¡Victor! —ella enrojeció, confusa—. Me gustaría... serlo desde ahora mismo.

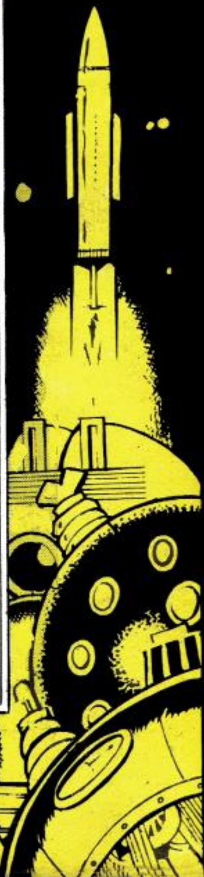
—Gracias, Dios mío —musitó Krawok—. Perdí a Helen... y te encuentro a ti. Dame un poco de tiempo para pensar... y cásate luego conmigo.

—¡Oh, Victor! —Dorian tiró su cuaderno de notas, incluso su fiel «Dolly»... y abrazó a Krawok con pasión. Sus labios se unieron...

FIN

250. — Los habitantes del sol. — Peter Dean.
251. — Avanzadilla cósmica. — Roy Silverton.
252. — Células de muerte. — Clark Carrados.
253. — ¡Soy de otro planeta! — Johnny Garland.
254. — Alucinosis. — Law Space.
255. — Remolino en el cielo. — Clark Carrados.
256. — Obsesión. — Clark Carrados.
257. — Encrucijada cósmica. — Law Space.
258. — Más allá del infinito. — Peter Deán.
259. — Geo-2. — Law Space.
260. — Safari en Venus. — Johnny Garland.
261. — Doctor Space. — Johnny Garland.
262. — Los atlantes. — Johnny Garland.
263. — Extraños entre nosotros. — Johnny Garland.
264. — Otra dimensión. — Johnny Garland.
265. — ¡Viaje a lo imposible! — Johnny Garland.
266. — El espejo de la tierra. — Johnny Garland.
267. — Museo del espacio. — Johnny Garland.
268. — Simbad viajó a las estrellas. — Johnny Garland.
269. — Los supercivilizados. — Johnny Garland.
270. — Extraña metrópoli. — Johnny Garland.
271. — Llovido del cielo. — Clark Carrados.
272. — Siete… y la eternidad. — Johnny Garland.
273. — Fantasmas en Alfa-Seis. — Johnny Garland.





Escena de la película LOS HIJOS DEL VOLCAN
(Chamartín)